LOS AGIOTISTAS.

Drama en cinco actos y un prólogo, original de D. Francisco Botella y Andrés, *para representarse en Madrid, el año de* 1859.

PERSONAGES.

La Baronesa de Fombal.
Adela.
Tomasa.
Arturo de Monroy.
Jorje, *luego marqués de Ardiela.*
El Baron de Gras.
Eduardo Motreal.
El Conde de Mirabel.
Pedro.
Un Portero.
Pascasio, *trapero.*
Antonio.
Un Sereno.
Un Sepulturero.
Un Criado.
Un Celador.
Traginante 1.°
Caballeros, Señoras, traginantes, etc.

PROLOGO.

EL COLERA.

Una plaza con casas al frente, y calles que desembocan á los lados. En el último término de la derecha, una casa con puerta practicable: en primer término de la izquierda, otra, con puerta tambien practieable sobre la que hay un rótulo: despacho de vinos; esta forma esquina con otra en construccion. Un farol del alumbrado en una esquina. Es de noche; el cielo está oscuro y encapotado.

ESCENA PRIMERA.

Antonio, Pascasio *que está revolviendo con el gancho un monton de trapos.*

Ant. Qué tal, se trabaja mucho?

Pas. Hola, tio Antonio; qué hemos de hacer, nunca falta una ocupacioncilla para entretener el tiempo y distraer el ánimo.

Ant. Es preciso no darse muchas tareas. Dicen que el mal ataca á los que mas trabajan...

Pas. Eso son aprehensiones; el mal ataca á aquel á quien le ha llegado su hora.

Ant. Sin embargo, bueno es precaverse.

Pas. Sabe usted lo que digo? Que ya pasa de castaño oscuro el zafarrancho que está haciendo la epidemia en la poblacion.

Ant. Ya lo creo; como que una casa si, y otra no, se encuentran inhabitadas, porque sucumben las familias enteras.

Pas. Algun mal demonio anda suelto por Madrid, haciéndonos purgar algun pecado gordo.

Ant. Y el caso es, que pagaremos justos por pecadores. Desde que el cólera se ha estendido por la córte, maldito si entra un alma viviente por las puertas de mi taberna; de manera, que el vino del año pasado, ya va echando un tufillo á vinagre que es una gloria. Si esto dura mucho, daremos al traste con los ahorros de toda la vida.

Pas. Y al fin, si mañana nos toca, como aquel que dice, estirar la pata, de nada nos aprovéchan los bienes del mundo.

Ant. Por eso no me afano; en teniendo para salir de paso, ya no deseo mas, y adelante con la procesion.

Pas. Y diga usted; parece que nuestro barrio es el que menos ha sufrido hasta ahora los efectos del cólera?

Ant. Sin embargo, no dejan de ir largándose uno á uno al otro mundo, sus habitantes. Ayer, sin ir mas lejos, ha despachado la enfermedad á todos mis vecinos del cuarto principal. Y esta mañana se decia, que estaba agonizando el señor Anselmo, el prestamista de enfrente.

Pas. Poco se pierde. A fé á fé, que el daño que él ha hecho en vida, no ha de tener suficiente tiempo para pagarlo, despues de muerto.

Ant. Pobre hombre!

Pas. Y diga usted; á qué manos irá á parar su capital, que debe ser considerable?

Ant. Vaya usted á saber; el infeliz usurero hace años que vive enteramente solo. Desde que su hijo desapareció de la córte, ni un alma viviente ha entrado por las puertas de su casa, que no haya sido á dejar el dinero de los réditos.

Pas. Dicen que trataba muy mal al pobre muchacho.

Ant. Pche... De todo habia. El era un poco ligero de cascos, y á consecuencia de unos amores, en que no quiso consentir su padre, tomó las de Villadiego, y se cree que haya sentado plaza; el caso es que nada ha llegado á saberse de él.

678507

PAS. Y el padre vive tan satisfecho!

ANT. El padre no tiene mas pasion que su dinero; un compañero jóven, que le ayuda en sus negocios, y la portera de la casa, que arregla su habitacion y su comida; ahí está toda su familia.

PAS. Pocos le llorarán, si se muere.

ANT. Y alguno se alegrará.

PAS. Dios que le dé buena hora. Sabe usted, tio Antonio, que la lluvia va menudeando que es un gusto?... Voy á acabar de recojer estos trapos.

ANT. Mucho será que esta noche no tengamos tempestad; se ven relámpagos á lo lejos.

PAS. A ver si una buena lluvia nos libra pronto de la epidemia.

ANT. Ya es hora, porque el vino va bajando, que es una desdicha, y en mi taberna no entra ni un alma. (*se oye á lo lejos la voz del sereno, que canta*: las doce y tres cuartos; sereno.)

PAS. Hola! Los tres cuartos para la una.

ANT. Habrá torpe mayor! Pues no dice que está sereno, cuando parece que va á venirse abajo el cielo!

PAS. Habrá remojado el gaznate mas de lo regular.

ANT. De seguro que no ha sido en mi taberna.

ESCENA II.

Dichos, TOMASA *por la puerta de la taberna.*

TOM. Antonio, Antonio. Vaya una calma! Con la noche que hace, estarse tomando la humedad en medio de la calle! Digo, pues vivimos en buen tiempo para tal cosa.

ANT. Calla, muger; estábamos aquí echando un rato de charla.

TOM. Y de qué trataban ustedes?

PAS. Toma! De la fruta del tiempo. Pensábamos qué le habrá sucedido al señor Anselmo.

TOM. Ay! El pobre no tenia esta tarde ni media hora de vida.

ANT. Muger, por qué no te acercas á preguntar cómo se encuentra?

TOM. Voy á hacerlo; al fin es una obra de caridad; y asi como asi, la casa está muy cerca... (*se dirige á la última casa de la derecha.*)

ANT. Es una ardilla esta muger que Dios me ha dado! No hay cosa que se le ocurra, que no la ponga en práctica en seguida.

PAS. Bueno es eso; mientras no se le ocurra engañarle á usted, tio Antonio!...

ANT. Bah! No ha pensado jamás en tal cosa!

PAS. Sin embargo, lo que no sucede en un año, sucede en un dia.

ANT. Es una bendita; no puede usted figurarse lo que vale mi muger; pregúnteselo al tio Colás, el zapatero del portal de enfrente, que la trata muy de cerca.

PAS. Conque la trata, eh?

ANT. Ya se vé; como ella es muy andadora, necesita de su oficio á menudo; suele echar algun remiendo de cuando en cuando á su par de zapatos.

PAS. Yo no he querido nunca casarme, tio Antonio.

ANT. Mal hecho; el hombre ha nacido para el matrimonio.

PAS. Ya; pero tiene sus inconvenientes.

ANT. Nada; alguno que otro disgustillo, pero es enfermedad que se cura con una toma de jarabe de fresno.

PAS. Eso no; nunca le hubiera yo puesto las manos encima á mi muger!

ANT. Lo mismo decia yo cuando era soltero; pero á veces tiene uno que mudar de opinion. Con esto de las mugeres sucede como con los partidos; al principio se las dá suelta, pero luego hay que amarrarlas. Muchos conozco yo que han empezado por ser liberales y concluyen por absolutistas.

TOM. (*saliendo.*) *Requiescat in pace.* Ya espichó.

PAS. Dios le haya perdonado.

TOM. A las ocho, segun me ha dicho la portera.

ANT. Pche... No tardará mucho en pasar la carroza por estos barrios.

PAS. Mala noche le hace para el viage!

ANT. Pobre señor Anselmo!

TOM. Ea, ea, vámonos á acostar y dejémonos de conversaciones tristes. Al fin y al cabo, el señor Anselmo no hacia falta á nadie. Su hijo debe haber muerto tambien, por consiguiente se acabó la casta. Conque, buenas noches, y hasta mas ver, si es que la epidemia nos deja tiempo para vernos otra vez.

PAS. Si, si, á su retiro, que el agua va apretando.

ANT. Buenas noches.

PAS. Buenas noches, y salud.

ANT. Vamos á añadir una poca de agua en el pellejo del vino tinto; despues rezaremos el rosario y vos acostaremos en gracia de Dios. (*á Tomasa y entran en la taberna, cerrando la puerta.*)

ESCENA III.

PASCASIO *se pone á tararear, revolviendo un monton de basura con el gancho; despues* JORGE *y* PEDRO.

PAS. Pues señor, bueno, adelante; mala noche y poco beneficio; no encuentro casi nada de provecho. Daremos la última vuelta, y á casa con la canasta; no es cosa de empaparse con el agua que nos regalan las nubes. (*Jorge y Pedro entran por el foro embozados y con sombreros redondos.*)

JOR. Adelante, no temas; la oscuridad de la noche nos protegerá; el tiempo es á propósito para nuestro plan.

PED. Alli veo una luz.

JOR. Algun sereno, ó algun trapero; le haremos marchar de aqui con buenas palabras. Aproxímate. (*á Pascasio.*) Hola, buen hombre; todavia está usted trabajando con el tiempo que hace?

PAS. Buenas noches, señores. Qué se ha de hacer? Con algo hemos de ganar la vida.

JOR. Quiere usted hacernos un favor?

PAS. Con mil amores.

JOR. Tome usted para echar un trago.

PAS. Gracias, señores; Dios les preserve de la epidemia. Mándeme usted.

JOR. Cerca de aqui debe encontrarse una de las carrozas que conducen á los que sucumben á la enfermedad; necesitamos desgraciadamente de ella, para una persona querida.

PAS. Y quiere usted que vaya á avisar en seguida?

JOR. Dirá usted que espere en la plazuela inmediata.

PAS. Voy volando.

JOR. (*á Pedro.*) (Ya ves cuán fácilmente le he alejado!)

PAS. (Me infunde sospechas el misterio de estos hombres! No me alejaré mucho, y avisaré al sereno por lo que pueda tronar.) (*vase.*)

ESCENA IV.

JORGE, PEDRO.

JOR. Ya estamos solos. Crees que habremos dado el golpe, con resultados satisfactorios?

PED. Estoy casi seguro de ello. El buen don Anselmo,

ha tragado esta mañana una respetable dósis de opio, que á estas horas debe haberle hecho el apetecido efecto.

JOR. La epidemia nos libra de las consecuencias y de las sospechas. Sabes tambien á punto fijo, dónde tiene su tesoro?

PED. Ya lo creo; como que he sido su agente de confianza en las usuras durante largo tiempo. Debajo del primer ladrillo, junto al pie derecho de la cabecera de su cama.

JOR. Corriente. Seremos dueños de su fortuna. El mundo ha escarnecido nuestra miseria; la sociedad nos ha despreciado, porque no poseiamos riquezas con que sostener el lujo para alternar en ella. Oh! La sociedad nos pagará con usura el daño que nos ha hecho. Mañana seremos ricos, y devolveremos insolencia por insolencia, y desprecio por desprecio.

PED. Crees que no encontraremos dificultad ninguna en nuestro plan?

JOR. No es probable; el pobre viejo estaba completamente abandonado, y asi habrá dejado de existir.

PED. Pues manos á la obra.

JOR. Vamos allá. (*dirigiéndose á la última casa de la izizquierda.*) La puerta está abierta; se conoce que la casa está completamente desocupada.

PED. Mejor que mejor.

JOR. Entremos.

PED. Entremos. (*entran por la puerta de la casa.*)

ESCENA V.

PASCASIO, *el* SERENO. *Empiezan á verse relámpagos y oirse truenos muy lejanos; la lluvia va aumentando.*

SER. Vamos á ver; dónde están esos hombres? Se me figura, que los dedos te se antojan huéspedes?

PAS. Le digo á usted que no; les he dejado aqui, y tenian malas trazas; particularmente el que me mandó avisar la carroza de los difuntos.

SER. Bah, bah, bah!... Buena es esa! Tan estraño es en estos dias buscar el coche de los muertos? Cuando te dige que solo has venido á incomodarme..... A despertarme del primer sueño que estaba echando en el portal del celador del barrio!

PAS. Sin embargo, una sospecha...

SER. Dale con las sospechas! Abur, abur: voy á proseguir por las calles mi cancion de toda la noche.

PAS. Pero sin averiguar...

SER. Vuelta con las averiguaciones! Echate á dormir, que el vino te se ha subido á la cabeza, y ves fantasmas. Sino, te conduzco al cajon, por vago.

PAS. Bueno, yo cumplo con mi deber avisando.

SER. Y yo cumplo con el mio cantando la hora. (*se dirige por la primera calle de la derecha cantando.*) La una en punto, y nublado. (*desaparece.*)

PAS. Oh! pues yo no abandono estos alrededores. Por mi vida, que aquellos hombres tenian malas trazas, y juraria que concebian algun plan.

ESCENA VI.

PASCASIO, ADELA, *saliendo por la puerta donde entraron Jorge y Pedro.*

ADE. Ya he cumplida el último deber!

PAS. Calle! Es la pobre modistilla, que venia algunas veces á cuidar al señor Anselmo.

ADE. Tengo miedo, con una noche tan horrorosa!..

PAS. Buenas noches, señorita; cómo, usted por aqui, tan tarde, y con tan mal tiempo?

ADE. Eres tú, Pascasio? Me alegro encontrarte, con eso ya no estoy sola.

PAS. Yo la acompañaré á usted donde quiera. Pero qué hacia usted por aqui, á estas horas?

ADE. Cumplir el último deber, que me habia propuesto. Cuidar en sus postreros instantes á ese pobre anciano, que ha hecho mi infelicidad.

PAS. Es mucha virtud.

ADE. La tenacidad de su carácter me hizo desgraciada. Pero despues que su hijo Arturo nos abandonó, buscando mas ancho espacio á su ambicion; ambicion, que tenia solo por mi, por mi felicidad.... el padre, inflexible antes, llegó á comprenderme por fin, y me consagró su cariño. Cuatro años hace, que Arturo partió de Madrid; nada hemos vuelto á saber de él; yo cuidaba de su padre, como una hija cariñosa, y esta noche he cerrado sus párpados, y he derramado lágrimas sobre su cadáver.

PAS. Pobre señorita! Y es natural, que el viejo se haya acordado de usted antes de morir?

ADE. Si, me ha descubierto el lugar donde guardaba su tesoro, reunido á costa de sacrificios y de afanes. Yo le recogeré, para entregarlo á los pobres, en nombre de su hijo, á quien he amado, y por el descanso de su alma.

PAS. Qué bondad de corazon!.. Y ha dejado usted solo el cadáver?

ADE. No, está acompañándole uno de sus antiguos y mejores amigos, el que le ayudaba en sus empresas, y el único que le queria, como yo. Voy entretanto á avisar que vengan á recojerle. Acompáñame, si no te molesta. El cielo te premiará esa obra de caridad.

PAS. Con mucho gusto. (*vanse por el fondo izquierda.*)

ESCENA VII.

JORGE, PEDRO, *salen de la casa derecha.*

PED. Démonos prisa.

JOR. No temas, nadie se ocupa de nosotros en estos momentos; los que no duerman, bastante trabajo tendrán con velar á algun difunto, ó á algun moribundo.

PED. Lo recogiste todo?

JOR. Hasta el último billete; inclusos unos papeles, que abultan bastante, y que deben ser de importancia.

PED. La suma será considerable?

JOR. Tiempo tenemos para hechar cuentas. A las tres, ya sabes, que hemos de ir á parar á casa de la Baronesa de Fombal; es la hora en que se retira de su visita aquel personage.

PED. No le vendrán mal á la Baronesa unas cuantas talegas.

JOR. Ya lo creo; pero tampoco á nosotros nos vendrá mal el dinero que ha de darnos lustre y categoria de hombres importantes. La sociedad es una cadena en donde todos nos protejemos mútuamente.

PED. Crei que la jóven Adela nos impedia dar el golpe.

JOR. De todo te apuras, y para nada hallas remedio. Esa muchachuela, era la novia del hijo de don Anselmo, que en paz descanse.

PED. Probablemente no volverá por aqui.

JOR. Sin embargo, quiero observarlo todo, hasta el último momento. Corre á casa de la Baronesa, á preparar el terreno, y te espero á la vuelta de esta esquina.

PED. Corriente, hasta luego; cuidado con algun mal encuentro.

JOR. No temas, vengo armado.

PED. Hasta luego.

ESCENA VIII.

JORGE, *solo.*

Era preciso hacerle marchar. Soy poseedor de un te-

soro, que vá á proporcionarme una brillante entrada en el mundo! Y duro es por cierto, tenerle que partir, cuando es mio el pensamiento, y mia la jugada. Sin embargo, Pedro puede descubrirme, y aunque no hay ninguna prueba... Oh! y qué le importa al que ha cometido un crímen, cometer otro, para conseguir su objeto?.. Si, hagámosle desaparecer, siempre que no puedan comprometerme los resultados. Me ocultaré aqui, observaré, y entretanto meditaré mi nuevo plan. (*se oculta tras de la primera esquina de la izquierda.*)

ESCENA IX.

ADELA, PASCASIO, *y dos hombres que les acompañan, por la izquierda, foro.*

ADE. Venid, venid por aqui, buen hombre, esta es la casa.

UNO. Andando, que nos falta el tiempo, y nos esperan en otro lado.

ADE. Yo os enseñaré el camino.

PAS. Es un ángel! (*entran todos en la casa de la derecha.*)

JOR. (*asomando por la esquina.*) Ola! ya viene la muchacha, con los que le han de conducir. Bueno, ya no hay cuidado. (*vuelve á acultarse.*)

ESCENA X.

ARTURO, *por el foro, con capa y sombrero de alas anchas.*

ART. Esta es la calle. Oh! tres años, lejos de la corte, corriendo tras de una fortuna, que no he podido alcanzar! Qué será de mi padre? Qué será de la infeliz Adela? Yo, que anhelaba un porvenir, para ofrecérselo á su amor; yo, que he luchado con las olas y con la suerte, por su cariño, vuelvo mas miserable, y mas desgraciado que nunca! Padre mio, tú has tenido la culpa de la desgracia de tu hijo, pero te perdono y deseo arrojarme en tus brazos! Es tarde; las calles de Madrid están desiertas; acabo de llegar, y todo me anuncia el terrible azote, que invade la poblacion. Esa es la casa de mi padre. Voy á llamar, turbaré su sueño, pero luego le recobrarà en mis brazos. (*se dirige á la puerta.*)

ESCENA XI.

ARTURO, ADELA *que sale.*

ADE. Dónde habrán ido?

ART. Ah! qué veo! Dios mio! Es ilusion!

ADE. Un hombre!

ART. Adela!

ADE. Cielos! Arturo!

ART. Oh! felicidad! Me preságia la dicha un encuentro tan feliz!

ADE. Arturo! Es un sueño! Dónde has estado tanto tiempo?

ART. Buscando una suerte, que no he encontrado, en América; he cruzado los mares por tu amor, y vuelvo á Madrid, tan pobre como antes, pero tan amante como siempre. Mas cómo tú en esta casa?.. Y mi padre? Vive en ella mi padre?

ADE. Ah!

ART. No respondes! Qué ha sucedido, Adela? Qué ha sucedido?.. Mi padre...

ADE. Muerto!

ART. Padre mio!

JOR. (*asomado á la esquina.*) (Alli veo á un hombre con Adela! Apenas oigo el rumor de las voces, y no entiendo una palabra.)

ADE. Animo, Arturo, ánimo; tu padre ha muerto; encomendémosle á Dios. Aun te quedan mis brazos para ser feliz.

ART. Soy completamente pobre, Adela.

ADE. No, eres rico; tu padre guardaba un tesoro, y yo sé dónde está, y te pertenece.

ART. Qué dices!

ADE. Si, eres su legítimo dueño. Entra, Arturo, entra; aun puedes besar la frente yerta de tu padre; aun está aqui su cadáver.

ART. Corramos! Corramos. Perdóname, padre mio! (*entran en la casa.*)

ESCENA XII.

JORGE, *saliendo de su escondite; luego* PEDRO.

JOR. Ya han entrado. (*se acerca á la casa.*) Nada se oye; no he podido conocerle, ni escuchar sus palabras. Mas vale que abandonemos el campo. Preparemos esta pistola, por si hay algun tropiezo. (*saca una pistola y la examina.*) Está corriente.

PED. (*saliendo.*) Jorge, eres tú?

JOR. Si. (A buen tiempo llegas!) Está todo concluido. Marchemos.

PED. Vamos.

JOR. Anda delante, para esplorar el camino.

PED. Andando. (*están junto á la esquina; Pedro echa á andar; al doblar aquella, Jorge dispara la pistola sobre él, que cae dentro, sin verse.*)

JOR. Vete á unir con el usurero. (*disparando.*)

PED. Ah! (*cayendo dentro; en este momento se oye la voz del sereno, que canta:* La una y media, lloviendo.)

JOR. Ahora, á casa de la Baronesa de Fombal. (*la lluvia ha continuado; los relámpagos se ven mas á menudo, y se oyen truenos lejanos. Cae el telon.*)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

EL LAZO.

Un salon lujosamente dispuesto para un baile; dos puertas al foro por donde se ven otros salones, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE MIRABEL, EDUARDO.

CON. Apuesto por la Baronesa de Fombal.

EDU. Me alegraré que ganes; la Baronesa siempre ha sido el tipo de la elegancia madrideña, y en sus magníficos salones hemos pasado noches deliciosísimas. Sin embargo, ahora dicen, que la condesa de Mar, queria escederla en lujo y suntuosidad, para lo que dispone una próxima soiré.

CON. Repito, que apuesto por la Baronesa.

EDU. Y yo repito, que tendré un placer por la parte que me toca, en que venza á su rival.

CON. Nadie puede competir en opulencia con la Baronesa; sus cuantiosas rentas, y los medios de que dispone, no son los de una fortuna cualquiera, sino los de un respetabilísimo capital.

EDU. Lo que yo aseguro es, que segun la muestra, esta noche vá á ser magnífico el baile.

CON. Como que está convidado á él lo mas florido de la corte; todas las notabilidades financieras, artísticas y literarias, sin contar lo mas encopetado de nuestra grandeza. Es una reunion, que ha de costarle mas de diez mil duros.

EDU. He aqui una escelente manera de gastar el dinero con lujo y con provecho.
CON. Y con honra, sobre todo.
EDU. Ya van entrando los convidados. (*se ven pasar por el foro.*) No faltará el Marqués de Ardiela.
CON. De seguro que no. Dicen, que el opulento capitalista, está profundamente enamorado de la Baronesa.
EDU. No lo creo; un hombre de negocios como él, no se deja ilusionar de esa manera. El marqués, buscará un entretenimiento, y al fin la Baronesa no es despreciable; posee una bonita figura, una edad regular, y es la muger á la moda de la corte.
CON. Lo mismo creo yo. El marqués pensará mas en sus jugadas de bolsa, en el alza y baja de los fondos, que en sus amores.
EDU. Y es particular; dicen que desgraciado en el juego, afortunado en amores; y el Marqués es afortunado en uno y otro.
CON. Sin embargo, la fortuna del Marqués de Ardiela, no es de esas improvisadas en un momento. Cuando el Marqués se lanzó á los negocios y á las jugadas de Bolsa, ya poseia un gran capital.
EDU. Es verdad, pero le ha aumentado bastante, desde que es conocido en el mundo financiero.
CON. Y la Baronesa, si no está enamorada de él, le guarda por lo menos mucha fé.
EDU. Pche... Es que la Baronesa, desde que perdió á su primer marido, quedando casi una niña, no ha querido volver á doblar su frente al yugo de himeneo, y vive contenta, feliz y satisfecha en medio de los placeres, sin que nadie ponga tasa á sus deseos.
CON. Y hace bien, por vida mia!
EDU. Calla, hácia aqui se acerca, seguida de algunos convidados.

ESCENA II.

Dichos, la BARONESA, *señoras y caballeros, en trage de baile.*

BAR. Ola! los jóvenes mas elegantes, tan separados del baile, y del bullicio! Estaban ustedes acaso, meditando algun plan?
EDU. Estábamos, Baronesa, elogiando la elegancia y el buen gusto de usted.
BAR. Siempre galantes!
CON. Siempre justos!
BAR. No; procuro complacer á mis amigos, ofreciéndoles un punto de reunion, donde puedan verse y apreciarse; nada mas.
EDU. Oh! ofreciéndoles un paraiso donde puedan gozar las mas encantadoras delicias!
BAR. Siempre exagerado este Eduardo! Y á propósito, parece que tendremos que cortar á usted el vuelo, señor galanteador de oficio.
EDU. Señora...
BAR. (*á las señoras.*) Si, si, no lo estrañen ustedes; es una mariposa, que se ha propuesto recorrer todas las flores de los salones de Madrid.
EDU. La han engañado á usted, Baronesa!
BAR. No, tengo una escelente policia, que adivina y observa admirablemente.
EDU. Será asi, mas tambien los adivinos se equivocan.

ESCENA III.

Dichos, el BARON DE GRAS.

BAR. No ahora; y si no, aqui tenemos al Baron, que es la crónica andante de la coronada villa.
BARON. De qué se trata, Baronesa?
BAR. De las conquistas del jóven Eduardo de Montreal.
BARON. Oh! es un conquistador de á fólio! Desgraciada de la inocente paloma que se deja arrebatar por sus garras de gabilan!
TODOS. Ja! ja! ja!..
EDU. Señoras, por Dios, es una exageracion insufrible!..
BARON. No, no es exageracion; dígalo la modistilla de la calle de Atocha.
BAR. Una modista!
BARON. Tambien la frutera de la plazuela del Cármen.
BAR. Una frutera!
BARON. Y si no, la esposa del tambor mayor de...
TODOS. Ja! ja! ja!..
BARON. No hay que reirse, señores. El caballero Eduardo es algo aficionado á las cajas y cornetas.
EDU. Esto es insoportable!
BAR. Vamos, no venga usted ahora á echarla por lo serio! Sustituiremos el nombre de mariposa de los salones, con el de langosta de las boardillas.
EDU. Oh!
TODOS. Ja! ja! ja!..
BAR. Señores, tengo que anunciar á ustedes un nuevo convidado, para esta noche. Un jóven de mucho mérito; un pintor de gran porvenir, á quien me propongo proteger.
BARON. Dichoso pintor, protegido por la Baronesa de Fombal; ó yo no lo entiendo, ó llegará á ser otro Rafael.
BAR. Le sobra talento para ello.
BARON. Y si no le tubiera, le bastaria con la proteccion. Lo que no va en llantos, va en suspiros, como dice un refran; á pesar de que yo no entiendo una palabra.
BAR. Señores, la orquesta está esperando, y las mesas de juego dispuestas; creo que no desairarán ustedes á la una, ni á las otras.
BARON. Oh! de ningun modo. Pero usted no nos acompaña, Baronesa?
BAR. Contando con la amabilidad de estos señores, desearia aguardar aqui un instante, á una persona que me interesa.
BARON. A bailar, señores, á bailar.
BAR. Eduardo, no vaya usted á incomodarse por mis bromas.
EDU. De ningun modo, Baronesa.
BARON. Ni con las mias. Ea, vamos á jugar una partida de wisth; le ganaré á usted unas cuantas onzas, y es el mejor perdon que puede otorgarme. (*cogiéndole del brazo; se van todos, menos la Baronesa.*)

ESCENA IV.

LA BARONESA.

Andad á danzar, que caras me cuestan vuestras diversiones, y hartos disgustos me traen vuestros placeres! Cuánto tarda el Marqués! Me consume la impaciencia, y daria cualquier cosa por no esperar. Y lo peor es, que no puedo permanecer mucho tiempo en esta sala; los convidados se apercibirian de ello, y estrañarian mi tardanza. Aqui tengo las cartas de nuestros comisionados; los negocios se presentan bien, si hay tino suficiente para llevarlos á cabo. Allá veremos.

ESCENA V.

LA BARONESA, *un* CRIADO, *luego* JORGE.

CRIA. (*anunciando.*) El señor Marqués de Ardiela. (*se retira.*)
BAR. Ah! por fin!..
JOR. Baronesa...

BAR. Al cabo ha llegado usted, Jorge; no comprende usted la impaciencia con que le aguardaba!

JOR. Debiera usted pensar, que motivos de alta importancia habrán hecho retardar mi venida.

BAR. Qué hay?

JOR. El banco de Prusia está sumamente apurado. Nuestro agente me lo comunica como una cosa confidencial; sin una cantidad enorme, no puede salvarse de la ruina.

BAR. Y nos conviene el negocio?

JOR. Cómo no? Ya lo creo que nos conviene! Nadie hasta ahora se ha apercibido de la inminente crisis. El banco nos ofrece en cambio del anticipo que ha de salvarle, una cantidad que triplique la suma, en acciones.

BAR. Y bien?..

JOR. No conociendo nadie el estado del negocio, podedemos enagenarlas en seguida, por su justo valor.

BAR. Es verdad; pero si luego la quiebra se hace efectiva...

JOR. Entonces se arruinan los poseedores; nosotros ya hemos salvado el capital y las ganancias.

BAR. Oh! tiene usted un tacto esquisito.

JOR. Conque...

BAR. Resuelto.

JOR. Adelante.

BAR. Y los fondos españoles?

JOR. Se encuentran en buen estado; no hay nada que temer.

BAR. He tenido cartas de París y de Lóndres; nuestros afectos navegan en bonanza.

JOR. Lo sabia. Ha convidado usted al embajador de Nápoles?

BAR. Ya debe estar en el salon.

JOR. Necesitamos tenerle propicio.

BAR. Y el pintor?

JOR. Vendrá esta noche. Se conoce que es un buen muchacho, del que se puede sacar gran partido.

BAR. Le ha dado usted la cantidad?..

JOR. En el momento. El pobre se presentó en mi casa pidiéndome una anticipacion de seis mil reales, para acabar un cuadro; yo no le conozco, me pareció listo, y dije, he aqui un hombre, que nos podrá servir. Me ofreció una fianza para el reembolso de la cantidad que me pedia, y quise atraerle con mi generosidad. En vez de seis mil reales le entregué veinte mil, exigiéndole como único resguardo, un pagaré con la fecha en blanco; asi puedo tenerle sujeto. Es necesario, sin embargo, irle entonando; por eso aconsejé á usted que le convidase al baile; si él es dócil, hará fortuna.

BAR. Y está usted seguro de que vendrá?

JOR. Segurísimo; me lo ha ofrecido.

BAR. Bueno, le reclutaremos en nuestro ejército de reserva. Qué mas?

JOR. Nada por hoy; ó por mejor decir, cosas insignificantes; préstamos á interés crecido, etc. Ya nos queda tiempo para tratar de esto. Se ha puesto la mesa de juego?

BAR. Y está el dinero preparado, para prestar á todo el que le pida... con la suficiente garantia, por supuesto.

JOR. Adelante; pues ahora, á mezclarnos en el baile.

UN CRIADO. (*anunciando.*) El señor Arturo de Monroy.

ESCENA VI.

Dichos, ARTURO.

JOR. (El pintor. La dejaré á usted sola con él.)

ART. La Baronesa de Fombal?

JOR. La tiene usted delante, amigo mio; la reina de la elegancia y del buen tono.

ART. (*saludando*) Muy dichoso me contemplo, señora, al ofrecer á usted mis respetos, y mucho mas considerando, que se ha dignado honrar con un convite inesperado, á un pobre artista, que solo cuenta entre sus títulos, la modestia y el buen deseo.

BAR. Oh! amigo mio; no hay título mas apreciable en la sociedad, que el talento, que brilla donde quiera que se halle.

ART. Señora...

BAR. Qué mucho que yo haya querido honrar mis salones, dando en ellos un lugar, al que en usted reconoce todo el mundo?

JOR. Arturo, señora, no es de esos hombres, á quienes deslumbra el brillo.

BAR. La mas segura condicion del talento, es la modestia.

JOR. Con permiso de usted, Baronesa, voy á lanzarme en el baile.

BAR. No es malo que usted dulcifique sus graves ocupaciones con los placeres que proporciona la sociedad.

JOR. Y mucho mas, dejándola á usted con tan buena compañia.

BAR. Si, tendré muchísimo gusto en conversar con el señor de Monroy.

JOR. (Procure usted atraerle á nuestro campo.) (*bajo á la Baronesa.*)

BAR. (Pierda usted cuidado.) (*id.*) (Es buen mozo el pintor!)

ART. (Ah! no se avienen con mi carácter estas costumbres.)

ESCENA VII.

LA BARONESA, ARTURO.

BAR. Parece que no es usted muy aficionado á las fiestas? Creo que noto en su cara, alguna señal de disgusto ó de malestar.

ART. Oh! no señora; nunca he sido mas feliz, que en este momento. Aunque no fuera mas que por satisfacer mi instinto de pintor, teniendo á mi vista un modelo...

BAR. Gracias. (Es muy simpático!)

ART. Pero, perdone usted, señora, mis maneras bruscas, mis modales, que nada tienen de cultos, ni de elegantes. Ya se vé, alejado de esa sociedad en donde se aprenden las costumbres de buen tono, encerrado en mi estudio, y siempre frente á frente con la naturaleza, ignoro hasta los primeros rudimientos del arte de agradar.

BAR. Sin embargo, creo que ha viajado usted mucho.

ART. En efecto; hace bastantes años; pero fueron viages para mí muy desgraciados. Cuestiones de familia, historias, que me permitirá usted no recordar.

BAR. Ha sido usted desgraciado?

ART. Ah! mucho!

BAR. El talento, unido á la desgracia, es doblemente interesante. En el porvenir será usted mas feliz.

ART. Es posible.

BAR. Usted debe aspirar á una posicion brillante; á se conocido, admirado y aplaudido; á que todo el mund diga: ese es el autor de tal Cuadro! Ese es el talent con que se honra España; y puesto, que usted lo tie ne, nada mas fácil; solo le falta una persona que haga conocer al mundo; una persona, que medie ent usted y la sociedad... y esa persona, puedo ser y

ART. Oh! señora, usted es el ángel de mi salvacion! D chosa la estrella que me ha conducido á su presenci

BAR. (Creo que me vá interesando demasiado este hom bre!) Bien, esta noche dará usted el primer paso; e

ta noche será usted conocido de todos mis convidados, y yo me encargo de su porvenir.

ART. (Adela, esposa mia, aun podremos ser felices!)

BAR. Nunca los hombres deben dejarse abatir por la desgracia; eso es de corazones pequeños, y el corazon de un artista es grande.

ART. Oh! si, grande, como el entusiasmo que siente por su arte, y por su inspiracion.

BAR. Pero ya se vé; los artistas se cuidan tan poco de los bienes del mundo, que á veces lo sacrifican todo á un momento de gloria, ó á una ilusion de amor.

ART. Y puede acaso, señora, concebirse mayor felicidad, que la que proporciona el amor y la gloria? Puras emanaciones de Dios, derramadas sobre la existencia del hombre, para hacer su ventura! Verse aplaudido por el mundo, admirado por las gentes, coronado con el laurel, que debe á su inspiracion, á su talento? Dónde hay mayor dicha para el artista? Y despues, poder comunicar su felicidad á otra persona, que comparte con él sus pesares y sus placeres? Que rie con su alegria, y que llora con su dolor?.. Dónde hay, señora, una dicha mas pura, mas tranquila, ni mas envidiable?..

BAR. Oh! sabe usted pintar con elocuencia esa felicidad!

ART. El que tiene, señora, un sentimiento, bien ó mal, sabe espresarlo, y la voz de la pasion es siempre la mas elocuente.

BAR. Es decir, que usted aspira á la gloria?

ART. Aunque no fuera mas que por egoismo, debo aspirar á ella.

BAR. Y una gran posicion en el mundo, tampoco es despreciable.

ART. No soy ambicioso, señora.

BAR. Sin embargo, repito á usted que yo me encargaré de presentarle á esa sociedad, que le ha de dar la reputacion que usted se merece.

ART. Entonces, deberé á usted mi porvenir, señora, como ahora la debo las deferencias que me dispensa.

BAR. (Me agrada su carácter y sus nobles sentimientos.) A propósito, aqui creo que se acerca alguna gente.

ESCENA VIII.

Dichos, el BARON, EDUARDO, *caballeros, señoras, etc.*

BARON. Dispénsenos usted, Baronesa, que vengamos tal vez á molestarla; pero ó yo no lo entiendo, ó me parece, que en los salones se nota y se siente su prolongada ausencia.

BAR. Señores, tengo el gusto de presentar á ustedes á don Arturo de Monroy, pintor de notable talento, á quien desde hoy cuento en el número de mis mas queridos amigos.

BARON. Dicha es poder aspirar á tan envidiable título.

BAR. Siempre lo tendrá conmigo, el que reuna á su talento, la modestia. Lo cree usted asi, Baron?

BARON. Ah! si señora; y yo tengo el placer de contarme en ese número; digo, me parece.

BAR. Y cree usted muy bien. Desde hoy quiero que el señor de Monroy sea uno de nuestros mas constantes favorecedores.

ART. Señora, quién no recibirá con entusiasmo una amistad, que tanto le honra?

BAR. Pues bien, en prueba de ella, y como prenda de su sinceridad, vamos á tomar parte en el primer rigodon. Deme usted el brazo, Arturo.

BARON. Señores, paso á la elegante pareja, y en baile todo el mundo. (*pasa la Baronesa del brazo de Arturo, y detrás salen algunas señoras y caballeros.*)

ESCENA IX.

EL BARON, EDUARDO, *algunos caballeros.*

EDU. Qué le parece á usted?

BARON. No entiendo una palabra, pero me parece que el Marqués puede contarse con los difuntos. El pintor ha flechado á la Baronesa. Oh! tengo gran golpe de vista para estas cosas.

EDU. Y usted es de los que creen que el Marqués está enamorado?

BARON. Le diré á usted, yo no lo entiendo, pero creo que eso es muy antiguo; mas cómo ha de ser, á todos nos llega la hora de encontrar sustituto. Señores, el amor es como otra cosa cualquiera, particularmente en las mugeres. Asi como una muger desea estrenar un vestido en cada baile, del mismo modo desearia estrenar un amante; lo malo es, que estos no abundan tanto como aquellos, ni se venden á varas en una tienda.

EDU. Parece que está usted muy enterado, señor Baron.

BARON. No, todo lo contrario; en mi vida me he mezclado en esos asuntos; lo he oido decir, sin que yo por mi parte entienda una palabra de amorios.

EDU. No obstante, allá en la juventud...

BARON. No, en mi juventud era muy aficionado á dormir; el sueño fué siempre mi pasion favorita.

EDU. Sin embargo, aunque usted ha contado historias mias delante de la Baronesa, tambien pudiera yo haber sacado á relucir alguna que otra de usted.

BARON. Imposible, imposible; en mi vida he querido á ninguna muger; no entiendo lo que es cariño.

UNO. El señor Baron, á lo que ha sido mas aficionado, es á los negocios.

BARON. No, tampoco; he ahi una equivocacion en que está el mundo.

EDU. Sin embargo, pasa usted por una notabilidad en la banca.

BARON. Qué quiere usted; injusticias! Jamás he entendido una palabra de crédito, ni de negocios.

EDU. Y me querrá usted decir cómo ha llegado á reunir su capital?

BARON. No lo entiendo tampoco.

UNO. (*á otro.*) (Es un usurero.)

OTRO. (*id.*) Si, hace pocos años, era un pelafustran, un cobrador de contribuciones.

OTROS. Ja... ja... ja!..

BARON. De qué se rien esos caballeros?

EDU. Nada, una cosa muy graciosa. Dicen que pasa usted por un afortunado conquistador.

BARON. Bah, bah! murmuraciones del vulgo! Y eso, señores, que vengo de buena raza; mi abuelo fué en estremo galanteador, y afortunado con las mugeres. Ya se vé, su posicion en la corte, le presentaba ocasiones para ello.

UNO. (*á los otros, bajo.*) (Si, vendia pajuelas en la puerta del Sol.)

BARON. Y eso, señores, que mi abuela tenia muy mal carácter, y siempre estaba, como aquel que dice, sacándole los trapos á relucir.

UNO. (*id.*) (Lo creo; como que tenia un puesto en el Rastro.)

BARON. Las costumbres de la nobleza han sido antiguamente muy escandalosas.

EDU. Pero en el dia, es diferente.

BARON. Ah! es otra cosa! Y si no, digámoslo nosotros.

EDU. Hoy la política absorve mucho la atencion. Usted politiquea?

BARON. Ah! no, jamás; es cosa que no entiendo.

EDU. Pero un hombre que tiene asiento en la cámara, por precision ha de mezclarse, aunque no quiera, en esta clase de asuntos.

BARON. Pche.... alguna que otra vez suele uno tomar parte... en las votaciones; yo me atengo siempre al resultado; la discusion no me importa un comino, me duermo al primer discurso.

EDU. Ya vé usted; pero la discusion, trae la luz.

BARON. No me hace falta; yo voto á oscuras.

EDU. Entonces, votará usted siempre con el gobierno?

BARON. No hay nada mas justo; es el interés que le pago, por los votos que él me prestó. Soy muy legal en negocios mercantiles.

EDU. Ja... ja... ja!.. Pero la conciencia es antes que todo; á veces el gobierno puede equivocarse...

BARON. Esa es una doctrina revolucionaria. El gobierno no se equivoca nunca.

EDU. Usted lo cree asi?

BARON. No recuerdo haberle quitado la razon, ni una vez siquiera.

EDU. Pobre pais!

BARON. Cómo pobre! Un pais que estará cruzado de ferro-carriles... cuando se hagan; que posee un sistema tributario, traducido del francés, ó arreglado, como acostumbran hoy á decir los carteles de teatros. Cuyos gobiernos tienen siempre un pensamiento general...

EDU. Que no dan nunca al público.

BARON. Ahi está la gracia; si lo dieran, no lo tendrian.

EDU. Desengáñese usted, señor Baron; no somos muy felices.

ESCENA X.

Dichos, el CONDE.

CON. Señores, señores, noticia.

BARON. Qué, qué? Ha caido el ministerio? Porque en España, es preciso hacer esa pregunta cada cinco minutos.

CON. Nada de eso.

EDU. Han bajado los fondos?

CON. Los de mi bolsillo, si, porque los acabo de dejar sobre una carta. Pero tampoco es esto.

BARON. Hombre, sáquenos usted de la curiosidad.

CON. Allá vá. Se trata de la Baronesa.

BARON. Qué?

CON. Que tiene una nueva conquista!

BARON. Toma, toma! Podia usted habernos ahorrado el trabajo de escucharle.

CON. Lo sabian ustedes?

BARON. Ya lo creo.

CON. El pintor presentado esta noche. Están bailando; ella encarnada como un clavel; él pálido como una azucena, y el Marqués furioso como un tigre.

BAR. Ese es un bonito cuadro de familia, ó yo no entiendo una palabra de pintura.

CON. Tienen una conversacion muy animada; él parece que se hace el interesante y el desdeñoso; pero la Baronesa le aguijonea, que es un primor! Entre tanto el Marqués les contempla con los brazos cruzados sobre el pecho.

BARON. No comprende él la diferencia que hay de los juegos de bolsa á los de cubiletes.

CON. Bien empleado le está.

BARON. Vamos, vamos al salon, á participar de ese chistoso espectáculo.

CON. Vamos. (*vanse todos, menos Eduardo.*)

ESCENA XI.

EDUARDO, *luego* ARTURO.

EDU. Compadezco al pintor, si ha caido en menos de la Baronesa. Difícil será que pueda escaparse de sus hechizos. Me parece que viene hácia aqui. Abandonemos el campo, á fuer de discreto. (*vase por la derecha del foro.*)

ESCENA XII.

ARTURO, *por la izquierda, dejando el sombrero y arrojándose en un sillon.*

Ah! no puedo mas! Dios mio! Dios mio! A qué he venido yo á esta casa? Apenas puedo respirar, el baile me ha fatigado... Y esa muger... qué querrá de mi esa muger? Me abruma con sus obsequios... me dirige unas miradas... atrevidas y provocadoras... Ah! Adela, Adela, tú ignoras que he venido á esta casa; por primera vez en mi vida te he mentido, ocultándote mi venida á este baile, que te hubiera mortificado. Oh! Adela, esposa mia, perdóname; tú eres el único ángel que guarda mi existencia; pronto volaré á tu lado, para no volverte á engañar jamás! Si, es necesario que salga de aqui; buscaré la puerta... preguntaré... Lo que me interesa es salir, apartarme del lado de esa muger, cuyo recuerdo me atormenta.

ESCENA XIII.

Dicho, la BARONESA.

BAR. Arturo, por qué ha abandonado usted el salon, tan de repente.

ART. (Otra vez!)

BAR. Se siente usted malo?

ART. Gracias... Si señora, deseo retirarme...

BAR. Comprendo... la emocion que usted esperimenta; hay simpatias que llegan al corazon.

ART. (Qué dice?)

ESCENA XIV.

Dichos, JORGE, *que observa desde el foro.*

BAR. Si, yo tampoco estoy buena. Creo, que nuestra salud... simpatiza tambien... como nuestro corazon.

ART. Señora...

BAR. A qué negarlo?.. Es uno acaso dueño de dirigir sus sentimientos? Confiéselo usted, Arturo; confiese usted que alguna cosa estraordinaria, pasa por usted desde que ha entrado en esta casa; ó... desde que me ha visto. Confiese usted lo que está sintiendo en este instante.

ART. Si, lo confesaré; estoy sintiendo hace largo rato que me espera en mi modesto retiro una esposa encantadora, á quien amo con delirio.

BAR. Caballero!.. Qué oigo! Es usted casado!

ART. Oh! con un ángel, señora, con un ángel á quien adoro!

BAR. Y tiene usted atrevimiento de confesarlo!

ART. Cómo! La estraña á usted que un hombre honrado adore á su muger!

BAR. Oh! váyase usted de mi casa; ha venido usted á hacerme desgraciada!

ART. Señora... no comprendo...

BAR. Ah! (*cayendo en un sillon, y ocultando su rostro con las manos.*)

ART. Se ha desmayado! (*acercandose.*)

JOR. (*bajando.*) (Maldito corazon el de la muger, que al instante se deja subyugar!)

ART. Caballero...
JOR. Arturo, salga usted de esta casa; mañana hablaremos.
ART. Aseguro á usted bajo mi palabra...
JOR. Lo he comprendido todó. Puede usted retirarse.
ART. (Adela, necesito verte! Corro á tus brazos!) (*sale por el foro.*)

ESCENA XV.

JORGE, LA BARONESA.

JOR. He aqui, para lo que sirve una muger!
BAR. Ah!
JOR. Ya vuelve en sí.
BAR. Ese hombre...
JOR. Baronesa, ha perdido usted el juicio?
BAR. Ah! Marqués...
JOR. Lo he comprendido todo. Es asi como piensa usted llevar á cabo nuestros planes?
BAR. Para qué nos servia ese hombre?
JOR. Para una comision de alto interés.
BAR. Y se ha perdido todo?
JOR. No, todavia me queda el pagaré... y mi habilidad. Ahora, Baronesa, acuda usted al baile, donde se notará su ausencia.
BAR. Oh! si, voy allá! (Es casado, y tiene una muger encantadora, á quien ama con delirio!)
JOR. (Yo procuraré reconquistarle con astucia.) (*se oye la orquesta.*)
BAR. (Yo perderé á esa rival adorada!) (*se dirige al salon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

LA VIRTUD PERSEGUIDA.

Estudio de un pintor. Sobre un caballete un cuadro empezado; otros diversos esparcidos en la habitacion; á la izquierda un costurero con labor; á la derecha una mesa con cajas de colores, etc. Un balcon á la derecha con colgaduras.

ESCENA PRIMERA.

ARTURO.

Con ocho dias de trabajo queda concluida la obra. Ah! cuánto lo deseo! Este cuadro ha de proporcionarme la suma suficiente para satisfacer esa deuda, que pesa como una montaña sobre mi corazon. Además, el pagaré puede comprometerme á cada instante; afortunadamente está en manos de una persona digna y respetable; el noble marqués de Ardiela es un hombre de honor, y el cielo me inspiró, para dirigirme á él en mis apuros. Dios mio, apenas tengo valor para recordar la escena del baile..... Qué habrá pensado de mi aquella señora? Yo tal vez, poco acostumbrado á la sociedad del buen tono, di una maliciosa interpretacion á lo que no era acaso mas que una imprudente ilusion de mis sentidos. En fin, mi inesperiencia me disculpará á los ojos de la Baronesa. Ea, demos unas cuantas pinceladas en estos paños. (*cogiendo los pinceles.*) Asi... perfectamente, va tomando un magnífico colorido y una entonacion digna de un pincel maestro.

ESCENA II.

ARTURO, ADELA, *por la izquierda.*

ADE. Me alegro de verte tan bien ocupado.
ART. Adela mia! Contempla, contempla con qué rapidez adelanta mi obra... Qué te parece?
ADE. Muy bien; á pesar de que yo no soy voto en la materia; ya sabes cuanto me entusiasman todos tus cuadros; será tal vez la pasion con que los miro, pero me parecen siempre los mas magníficos. Sobre todo, aquella Concepcion que concluiste la semana pasada. Qué belleza de espresion y qué dulzura de sentimientos!
ART. Oh! Porque copié en ella toda la hermosura de tu rostro encantador.
ADE. Ea, ya tenemos las galanterias de siempre. Me parece, señor artista, que ya debiera usted ser menos adulador con su esposa.
ART. Oh! no; soy justo, Adela, justo nada mas.
ADE. Tal vez te lo hará asi parecer el cariño que me tienes.
ART. Es posible, Adela mia, porque cada momento que pasa, creo que te adoro mas, si mas puede adorarse; por tu felicidad sacrificaria mi existencia; por arrancar una sonrisa de satisfaccion á tus bellos lábios, daria el mas preciado floron de mi corona de artista; á tu lado solamente soy feliz, y solo á tu lado quiero serlo.
ADE. Tambien solo contigo quiero yo compartir la felicidad.
ART. Y habrá algo en el mundo que pueda burlarla? El corazon del artista late solo por su inspiracion y por su amor. Si yo deseo triunfos, si deseo la admiracion de las gentes, es solamente por poderlo ofrecer á tu cariño. Tú has secado las lágrimas que humedecian el triste libro de mi vida; tú has endulzado las horas de una existencia, que sin tu amor hubiera sido muy desgraciada. Justo es que yo te pague lo que por mi has hecho.
ADE. Verte alegre y contento es el único premio que deseo.
ART. Siempre lo estoy á tu lado.
ADE. Sin embargo... no queria decirtelo, pero hace cuatro dias que noto en tu rostro una sombra de tristeza, que me dá mucho pesar.
ART. Estás loca!... Nada me ha sucedido que pueda....
ADE. No, no; no pretendo avariguarlo; siempre he creido, que acaso pudiera ser algun ligero percance, debido á nuestra no muy lisongera posicion.
ART. Bien pudiera ser!.. Mas cuando estoy á tu lado, todo lo olvido por tu cariño, por una mirada de tus ojos.
ADE. Arturo mio!
ART. Ah! Por qué la triste suerte no ha querido que te pudiera ofrecer un porvenir mas tranquilo, mas agradable... y mas dichoso.
ADE. Las penas de mi vida son dichas para mi, cuando las sufro contigo.
ART. Y podiamos haber sido mas felices, puesto que quiere el mundo que parte de la felicidad consista en las riquezas. Ay! Mi padre, Adela, mi padre, nos hizo desgraciados. Dios les tenga en el cielo.
ADE. Mira, no recordemos tiempos pasados, que vienen á derramar la tristeza en nuestro corazon.
ART. Sin embargo, mil veces he querido penetrar el misterio de nuestra desgracia; pero imposible; mis ideas se estrellan en una completa ignorancia. Las riquezas de mi padre, perdidas para todos!
ADE. Tal vez por torpeza mia. Acaso no comprendí bien al pobre anciano moribundo, cuando me indicó el lugar en donde tenia escondido su tesoro. Despues, me importaban tan poco en aquellos momentos las riquezas, que apenas fijé en ello mi atencion.

ART. Y no se encontraron en el sitio donde señalaste.
ADE. Acaso Dios lo dispuso asi.
ART. En efecto; conformémonos, Adela, con nuestra suerte, y bendigamos al cielo que nos permite vivir amantes y unidos.
ADE. Es verdad; nuestro trabajo nos proporciona lo necesario; lo que nos falta de riquezas, lo suple la tranquilidad... y el amor.
ART. Adela mia! Cuán dichoso me siento á tu lado!
ADE. Sí; pero el cuadro te espera, y á mi la costura.
ART. Tienes razon; ya le habia olvidado. (Es un ángel!) (*vuelve á pintar.*)
ADE. (Quién no ha de ser feliz á su lado!) (*se sienta junto al costurero.*)
ART. Cuánto te parece, Adela, que podrán darme por mi cuadro?
ADE. Yo daria todos los tesoros del mundo.
ART. Lastima que no haya una muger que los posea, y que tenga tu misma opinion.
ADE. No, fortuna; porque esa muger te amaria tanto como yo... y no quiero tener celos. Ah! Dios mio! Ahora que recuerdo!... Se me olvidó mandar esta mañana los bordados á casa del comerciante.
ART. Y los tenias ofrecidos para hoy?
ADE. Si, quedé en mandarlos antes de las doce de la mañana.
ART. Y están concluidos?
ADE. Toma, desde anoche.
ART. Ah! Entonces no hay nada perdido; verás como yo los llevo en cinco minutos.
ADE. Y has de dejar tu trabajo?
ART. No importa; dámelos, y al instante vuelvo.
ADE. Voy á traerlos. (*entra por la izquierda.*)

ESCENA III.

ARTURO, *luego un* CRIADO.

ART. Pobrecilla! qué no haria yo por ella! Ah! es una felicidad tener un angel al lado, que vele por nuestra existencia, y que nos ame con delirio.
UN CRIADO. Don Arturo de Monroy?
ART. Qué se ofrece?
CRIADO. Un criado acaba de dejar en la porteria esta carta para usted.
ART. Venga. Acaso alguna invitacion para un retrato. (*tomando la carta; vase el criado.*) Veamos: (*lee.*)= No tiene firma.=«No hay cosa mas ridícula ni mas divertida, que un marido confiado. La fé pierde á los hombres, y la hipocresia de la muger les engaña, para venderles.»—Qué significa esto?—«Los artistas aman lo bello y no reparan en lo malo. Desconfie usted de la persona que mas adora, y de las visitas de los jóvenes elegantes. Existe uno en el mundo, que se llama Eduardo de Montreal. Ojo alerta, y prudencia.»= Dios mio! (*rasgando la carta.*) Eh! intenciones dañadas del vulgo estúpido. Algun imbécil envidioso de mi felicidad, que pretende destruirla. Mal camino ha elegido. Medios ruines y miserables de turbar la paz doméstica, que solo merecen el desprecio. Jamás pasará por mi frente la mas leve idea del deshonor de mi angel querido.

ESCENA IV.

ARTURO, ADELA, *con un paquete.*

ADE. Ya está arreglado. Toma; y gracias, Arturo mio, por tu condescendencia.
ART. En cinco minutos queda entregado, y yo de vuelta. (*cogiendo el sombrero.*) Adios, vida mia. No es cierto que me quieres mucho?
ADE. Lo dudas?... Con todo mi corazon! (*vase Arturo por el foro.*)

ESCENA V.

ADELA.

Es particular! En medio de la alegria, que constantemente manifiesta, creo notar hace algunos dias, que una ligera nube empaña sus ojos, antes risueños y tranquilos... Algo pasa por él, que quiere ocultarme. Hace cuatro noches, se retiró tarde, muy tarde, contra su costumbre... En vano quise averiguar el motivo de su tardanza, porque notaba en sus palabras el deseo de inventar una escusa, y en su rostro la turbacion y el sobresalto. Dios mio! ¿qué tiene Arturo?... Qué le habrá pasado, que asi le agita, y que sin embargo, me lo oculta...?

ESCENA VI.

ADELA, EDUARDO.

EDU. Me dá usted su permiso...?
ADE. Ah!
EDU. Perdone usted, señora, mi atrevimiento. (Efectivamente, es hermosa como un angel!)
ADE. Qué se le ofrecia á usted, caballero?
EDU. Tengo el gusto de hablar con la esposa de don Arturo de Monroy?
ADE. Servidora de usted.
EDU. (No me ha engañado la Baronesa.) Razon tubieron, señora, al ponderármela á usted como un tesoro de belleza y de virtud; estoy viendo lo primero, y comprendo lo segundo al través de esos ojos encantadores.
ADE. Caballero... repare usted... que no le conozco, y deseo saber lo que pretende.
EDU. La fortuna pone hoy en mi mano, la satisfaccion de hacer á usted un favor.
ADE. Estoy escuchando.
EDU. Triste mision es por cierto, tener que desencantar el corazon de una esposa, que adora con delirio.
ADE. Caballero... no le comprendo á usted.
EDU. Me comprenderá usted muy en breve. Yo, á quien habia llegado la fama de la virtud y de la hermosura que usted atesora, no he podido sufrir por mas tiempo, que fuera usted engañada por un esposo infiel.
ADE. Caballero... no le conozco á usted; no le he dado el derecho de mezclarse en nuestra vida, y me va siendo ya molesta tan inesperada entrevista.
EDU. Asi suelen recompensarse en el mundo las buenas acciones! Qué hubiera usted dicho, hace cuatro noches, cuando esperaba impaciente á su esposo, si un amigo verdadero hubiese venido á enterar á usted de lo que hacia en aquellas horas?
ADE. Ah! Caballero, usted sabe dónde estubo Arturo esa noche? Un negocio de importancia acaso, no es verdad? Un...
EDU. Si, un baile...
ADE. Un baile! No, no puede ser, Arturo no ha bailado jamás; Arturo no es aficionado á semejantes diversiones.
EDU. En otro tiempo, tal vez; pero no ahora. Los hombres varian de caracter, y acaso una pasion... ó quizás un capricho... influye mucho en sus costumbres.
ADE. Caballero... ha venido usted aqui á turbar la felicidad de que disfrutamos? Me es ya demasiado pesada esta visita, y... le suplico á usted que la termine..

EDU. Hubiera dejado pasar, sin embargo, estas cosas, que pueden ser fruslerias sin resultado, sino se viese en peligro la honra y acaso la vida de su esposo.

ADE. Qué está usted diciendo!

EDU. Permítame usted que me retire; no quiero ser molesto por demás.

ADE. Oh! Caballero, por piedad! Qué le ha sucedido á Arturo? Dígamelo usted todo.

EDU. Pues bien; Arturo, hace pocos dias, ha recibido una cantidad respetable, otorgando un pagaré, con la fecha del vencimiento en blanco; el dia que su acrehedor quiera perderle, puede hacerlo. Arturo es pundonoroso, y tal vez prefiera á la deshonra otro medio mas violento.

ADE. Oh! pero para qué quiere Arturo ese dinero?

EDU. Es natural, que el que desea alternar en la sociedad de buen tono, necesite hacer gastos para ello. No se presenta de cualquier modo, ni se porta como un quidam, el que pretende enamorar á toda una Baronesa.

ADE. Arturo!

EDU. Arturo. Si señora, Arturo, que hace cuatro noches bailó con la Baronesa de Fombal en su magnifica reunion, y que, hace cinco dias, firmó un pagaré con la fecha en blanco, por la cantidad de veinte mil reales.

ADE. Oh! no puede ser, caballero, no puede ser; usted ha venido á atormentarme.

EDU. Nada de eso; he venido á hacer á usted un favor... y á evitar una desgracia. Pruebe usted en su primera conversacion con Arturo, á hablarle indirectamente sobre el particular... y creo que quedará usted convencida.

ADE. Oh! Será posible, Dios mio! Será posible que me engañe!

EDU. (Bueno, ya empieza creer; primer paso; ganaré su amistad... y luego su corazon; es una conquista soberbia! Ha tenido buen tino la Baronesa en dirijirme hácia aqui, con tan buenos medios de triunfar.)

ADE. Caballero, yo quiero descubrirlo todo; quiero las pruebas de lo que usted me ha revelado.

EDU. Yo las pondré en manos de usted; pero antes cerciórese usted por sí misma, averiguando discretamente... Luego formaremos una alianza, que nos dé buenos resultados.

ADE. Ah! creo que oigo sus pasos.

EDU. (Cielos!) Prudencia, señora, dígale usted que acabo de llegar, preguntando por él, con motivo de un retrato.

ADE. El es! (Cielos, dadme valor!)

ESCENA VII.

Dichos, ARTURO.

ART. Ya estoy de vuelta. (*al verle.*) Qué! (Quién es este hombre?) Caballero...

ADE. Este caballero...

EDU. Acababa de llegar, preguntado por usted, y esta señora ha tenido la amabilidad de recibirme. He oido ponderar la fama, que le presenta á usted como inimitable retratista; y desearia, por mi mismo, tener el gusto de probarlo.

ART. Gracias, caballero; agradezco la lisonja que usted me dirije, y el honor que me dispensa. Estoy concluyendo un trabajo importante; sin embargo, como un retrato es cosa de poco tiempo, no tendré inconveniente en empezarle, el dia que usted guste.

EDU. Mañana mismo. (Con eso podré verla con frecuencia.)

ART. Corriente.

EDU. Quedamos convenidos?

ART. Le espero á usted mañana, á esta misma hora.

EDU. Aqui está mi nombre, y las señas de mi casa, que pongo á su disposicion. (*dándole una targeta que Arturo deja sobre la mesa sin leerla.*)

ART. Gracias, caballero, y las repito doblemente, por la honra que usted me dispensa.

EDU Hasta mañana. A los pies de usted, señora. (No será perdida esta visita.)

ESCENA VIII.

ADELA, ARTURO, *que le acompaña á la puerta y vuelve.*

ART. Ea, ya va cayendo algun trabajo; bueno, bueno; lo que es necesario, que continue. No sabes lo que me has hecho correr, Adelita mia. Por no tardar mucho tiempo, he ido á escape á dejar los bordados. Pero en fin, ya estoy aqui sano y salvo, aunque rendido de la carrera. Calla! qué tienes? Te encuentro triste, de mal humor, y hace media hora estabas alegre y risueña como un jilguero! He aqui el corazon de la muger! Te habrá salido mal algun adorno; te habrá sucedido algun percance por el estilo. Vamos, dime qué tienes; yo te consolaré, mimadita mia, yo te consolaré.

ADE. Nada... hace cuatro dias... que cruzan unas ideas tan raras por mi mente...

ART. Vaya una particularidad! Has tenido alguna pesadilla?

ADE. Dime... qué hiciste aquella noche que te retiraste tan tarde?

ART. Otra vez!

ADE. Por qué te impacientas cuando te hago semejante pregunta?

ART. Porque... ya te he contestado á ella varias veces.

ADE. He oido decir, que aquella noche se daba un baile.....

ART. Qué!

ADE. Un baile... en casa de la Baronesa de Fombal.

ART. Adela... quién te ha dicho eso?

ADE. Ah! conque es cierto? Conque aquella noche estubiste en un baile, con la muger á quien amas, con la muger por quien me engañas!

ART. Adela! Estas loca!... De dónde has sabido semejante cosa?

ADE. Y yo que creia en tu cariño! En el cariño que tú me fingias para engañarme mejor!

ART. Adela, aqui hay un misterio, que deseo descubrir. Tú me acusas imprudente, cuando no hay en mi mas que una leve falta.

ADE. Oh! Con qué es verdad!

ART. Es verdad que estube en un baile; un compromiso, que no pude evitar; pero miente quién diga, que en él me interesaba ninguna muger.

ADE. Entonces, tambien será cierto lo de tus deudas; lo de tus gastos. Oh! todo, todo, Dios mio!

ART. (Cielos! ¿qué horrible lazo se me está tendiendo?) Adela, Adela, quién te ha dicho todo eso? Pronto, pronto, una palabra, un nombre... y vive Dios que no volverá á turbar el reposo de otra casa!

ADE. Ah! Soy muy desgraciada! (*cayendo en el sillon.*)

ART. Dios mio! Se ha desmayado... Adela... Adela, vida mia, vuelve en ti; yo te amo con todo mi corazon. Oh! es necesario socorrerla. Aqui debe haber un frasco con esencia. (*buscando sobre la mesa; coje indiferentemente la tarjeta que dejó, y fija en ella su vista.*) Qué veo! Si... la tarjeta que me dejó ese caballero, y cuyo nombre no habia reparado. Ese nombre..... que idea!... (*busca y recoje del suelo los papeles de*

la carta que rompió, todo muy precipitadamente.) Ah! el mismo, el mismo!—«Eduardo de Montreal!»—Oh! esa carta... ese hombre aqui... Cielos! ¿luego es verdad... luego mi esposa...

ADE. Ah!....

ART. No... no lo puedo creer...

ADE. Arturo...

ART. Adela... Qué hacia aqui aquel caballero, cuando yo he llegado?

ADE. Esperándote.

ART. Esperándome...! ¿Y... y tú sabes cómo se llama?

ADE. No le conozco.

ART. (Oh! prudencia: prudencia. Aqui estan las señas de su casa, yo le veré.) (*coje el sombrero y sale por el foro.*)

ESCENA IX.

ADELA, *sola.*

Se marcha! Se marcha! Oh! todo era verdad! Me engañaba! Ama á otra muger, y me abandona por ella! Dios mio! Diez años de felicidad, perdidos en un instante! Yo, que le amo tanto; que solo vivo por él y para él! Quién habia de decirme, que estaba tan proxima á tocar el desengaño! Oh! yo necesito ver á esa muger; necesito hablarla; me arrastraré á sus pies, la rogaré con las lágrimas en los ojos, que no me haga desgraciada, que no me robe el cariño de mi esposo. Yo tengo mas derecho á él; le quiero toda mi vida, y ella, acaso solamente por un pasagero capricho. Oh! Dios mio! Inspiradme, y devolvedme la calma y la felicidad que he perdido.

ESCENA X.

ADELA, UN CRIADO; *despues la* BARONESA.

CRIADO. Señorita, una señora pregunta por el señorito Arturo; creo que desea hablarle sobre un trabajo que lo tiene encargado, y dice, que le esperará si no está en casa.

ADE. Que pase. (Oh! secaré mis lágrimas; que no comprenda nadie el pesar que me atormenta. Quién será esa señora?)

BAR. Me han dicho que no está en casa el retratista, y si usted me lo permite, señorita, le esperaré hasta que vuelva; tengo que encargarle una obra importante; el retrato de un hijo, que está á las puertas de la muerte.

ADE. (Oh! pobre señora!) Tome usted asiento; creo que no tardará en volver.

BAR. Es usted su esposa?

ADE. Servidora de usted.

BAR. (Se ven señales de llanto en sus ojos; tal vez mi plan estará ya produciendo su efecto.) ¿Será usted muy feliz con él?

ADE. Si, señora.

BAR. No se moleste usted por mi, si algo tiene que hacer; esperaré al pintor.

ADE. (Me siento desfallecer... y apenas puedo sostenerme!) Con el permiso de usted, voy á retirarme un momento; no me encuentro muy buena.

BAR. Vaya usted con Dios, hija mia; aguardaré aqui á su marido.

ADE. No puede tardar mucho. (Ah! necesito descanso. Quién resiste tan fuertes emociones?) (*entra por la izquierda.*)

ESCENA XI.

LA BARONESA.

Es hermosa! Oh! ahora comprendo la causa de su cariño. Sin embargo, mi amor propio ultrajado, mi vanidad de muger ofendida... Cuándo ha podido compararse conmigo, ninguna de esas miserables criaturas, que pululan en la sociedad? Cuándo ha habido un hombre que resista á mis encantos, y que se niegue á admitir una sonrisa de simpatía, nacida de mis labios? Bueno fuera, que uno de esos entes, á quienes la sociedad llama artistas, viniera á dar una leccion á la muger del gran mundo. Oh! yo le haré conocer lo que valgo amiga, y lo que puedo despreciada. Algun paso debe haber dado ya Eduardo, segun mis instrucciones. No importa, hagamos la última prueba, y que tema mi venganza, si es tanta su entereza.

ESCENA XII.

LA BARONESA, EL MARQUES.

MAR. Qué veo! Baronesa, usted en esta casa! Oh! quiere usted perdernos sin duda.

BAR. No encuentro motivo para tal sorpresa.

MAR. Baronesa, es necesario matar el corazon de la muger, para que viva la cabeza de la señora del gran mundo. Cree usted, que dando oidos á una pasion ó á un capricho, podremos conseguir el menor resultado favorable á nuestros planes?... Usted ha venido aqui, perseguiendo sin duda á ese hombre; ha venido á alejarnos tal vez mas sus simpatías en el momento en que necesito de él.

BAR. Qué sucede?

MAR. Es necesario, que esta tarde misma marche á Francia.

BAR. Para qué?

MAR. No encuentro otra persona que me inspire mas confianza que él. Hay un negocio de seguras ganancias, y que ademas puede traerme al poder.

BAR. Cuál es?

MAR. Una jugada de bolsa. Una combinacion de sucesos inesperados, que puede sernos favorable. El ministerio está en crisis; nuestros fondos han tenido en París una baja considerable; es preciso adquirir á todo trance cuanto papel se presente en las plazas estrangeras, y por medio de una hábil maniobra, escalar el poder, elevar el crédito, y convertir nuestros valores, en inmensas ganancias. Necesito una persona de confianza que inmediatamente salga en posta para la vecina corte, portadora de mis instrucciones á nuestro corresponsal. Arturo es un hombre de honor, me esta agradecido, y cumplirá inmediatamente mis deseos. Señora, un paso en vago, una hora de retardo, puede arruinarnos. Si conseguimos nuestro objeto, está en nuestras manos el gobierno, el crédito de la nacion, y sobre todo, un inmenso capital.

BAR. Es decir, que...

MAR. Es decir, que con el oro todo se consigue. Abandone usted por unos dias ese indiscreto capricho. Tiempo nos queda despues, para satisfacer nuestras pasiones.

BAR. (Oh! tal vez en su ausencia podré acabar de perder á su esposa.) Bien; Arturo no está en casa; espérele usted aqui.

MAR. Y usted retírese al momento, señora; seria un grave mal que la encontrase. Yo sabré conseguir mejor el objeto.

BAR. Me retiro pues. Hasta luego. Ah! siento pasos; sin duda es él.

MAR. Si la vé á usted aqui, quizá lo perdamos todo.

BAR. Qué háremos?

MAR. Qué idea! Ocúltese usted. Yo le haré volver á salir conmigo, con cualquier pretesto, y entonces puede

usted marcharse sin ser vista. Venga usted; detrás de esta colgadura. (*se oculta la Baronesa tras la cortina del balcon.*)

ESCENA XIII.

El Marques, *luego* Arturo.

Mar. (Todo ha de venir á trastornarlo el débil corazon de las mugeres!)

Art. (*arrojando el sombrero.*) (No está en casa! Oh! yo le encontraré!)

Mar. No viene usted de muy buen humor!

Art. Ah! perdone usted, señor Marqués, no le habia visto.

Mar. Le ha sucedido á usted alguna desgracia?

Art. No, asuntos de familia, que nunca faltan en todas las casas, señor Marqués.

Mar. No quiero ser indiscreto, ni tampoco molesto, dilatando mi visita. Arturo, ¿usted está dispuesto á servirme?

Art. Oh! Con la vida y con el alma! Qué no haré por usted, que en momentos de desgracia, ha sido para mi un noble protector y un fiel amigo? Disponga usted de mi existencia.

Mar. Gracias, ya conocerá usted con el tiempo mi agradecimiento. Hoy necesito de usted para un asunto urgente.

Art. Estoy escuchando.

Mar. Esta tarde partirá usted para París, portador de un pliego de interés.

Art. Oh!

Mar. Qué?

Art. Señor Marqués, siento decir, que me es imposible separarme de la corte en estos momentos.

Mar. Cómo! No acaba usted de asegurarme, que está á mi disposicion?

Art. Y lo repito; cuanto usted quiera en Madrid; cuanto usted disponga fuera de aqui, acaso dentro de dos dias; hoy... imposible.

Mar. Dentro de dos dias es tarde; hoy es cuando le necesito. Tiene usted algun negocio de interés, alguna obra que concluir? No importa, yo le abonaré á usted todos los perjuicios.

Art. Oh! hay perjuicios, que no pueden resarcirse con nada en el mundo.

Mar. Arturo, necesito que marche usted esta tarde, y es preciso no reparar en nada.

Art. Señor Marqués, imposible; no puedo partir.

Mar. Pero qué motivo lo impide?

Art. Es usted mi verdadero amigo?

Mar. Me parece que he dado pruebas de ello.

Art. Entonces, puedo depositar en usted mi secreto. Señor Marqués, soy muy desgraciado.

Mar. Qué? Ha malversado usted aquella cantidad? No importa, yo le proporcionaré á usted otra igual.

Art. No, no es eso.

Mar. Esplíquese usted.

Art. Tengo una esposa, á quien adoro con todo mi corazon.

Mar. Y bien?

Art. Era digna de mi amor. Ella cerró los ojos á mi pobre padre, en su lecho de muerte, guardándome una fé, que no merecia. Ella, despues, ha endulzado durante diez años, las horas de mi vida, compartiendo conmigo una existencia desgraciada.

Mar. Pero en fin...

Art. Señor Marqués, hoy he concebido sospechas de que mi esposa me está engañando, y es preciso que lo averigue, y que encuentre al infame que ha venido á turbar mi reposo.

Mar. Y es ese todo el motivo, que le impide á usted emprender el viage?

Art. Le parece á usted poco! El honor de mi esposa, que es el mio!

Mar. Ja!.. ja!.. ja!... Pero no comprende usted, que ese viage puede hacerle ganar una cantidad considerable?

Art. Pero puede hacerme perder la tranquilidad de toda mi vida, el honor ne mi esposa!..

Mar. Y qué vale el honor de una muger?

Art. Oh! mucho, cuando esa muger es adorada; cuando esa muger ha tenido una vida pura y sin mancha; cuando esa muger ha hecho hasta aqui la felicidad de un hombre!

Mar. Amiguito, veo que hará usted poca fortuna en el mundo!

Art. No me importa, si la he de hacer á costa de mi deshonra.

Mar. Qué entiende usted de cuestiones de honra?

Art. Señor Marqués, á nadie hubiera sufrido semejante impertinencia.

Mar. Me parece que tiene usted demasiado orgullo, para tanta necesidad.

Art. No rebaja la pobreza.

Mar. Pero rebaja la poca discrecion, y poca es anteponer una trivialidad semejante, al propio interés.

Art. Mándeme usted cuanto quiera, menos partir de Madrid.

Mar. Asi se agradecen los beneficios.

Art. Jamás he sido ingrato!

Mar. Ahora lo es usted conmigo. Verdaderamente es ridículo fiarse de ciertas gentes.

Art. Señor Marqués, no sufro insultos de nadie. Sé responder, como cualquiera, á la confianza que en mi se deposita.

Mar. Pero recuerde usted, que me adeuda una cantidad...

Art. No lo he olvidado.

Mar. Quiere usted partir?

Art. No parto.

Mar. Bien. Mañana se cumple el pagaré que me tiene usted otorgado.

ESCENA XIV.

Dichos, Adela, *á la puerta de la izquierda; oye las últimas palabras.*

Ade. Ah! (*se detiene sin ser vista.*)

Art. Y tendrá usted valor para comprometerme de ese modo?

Mar. Como usted le ha tenido para negarse á servirme. Mañana necesito la cantidad que le he prestado.

Ade. (Dios mio! Estamos perdidos!)

Art. Oh! por Dios, señor Marqués; un plazo siquiera, un plazo mas largo.

Mar. Ninguno.

Art. Y cómo he de reunir mañana esa cantidad, la cual he invertido en materiales para mi trabajo? Quién ha de prestármela, quién?

Bar. (*saliendo de su escondite.*) Yo!

Art. Señora!

Ade. (Qué es esto? La señora del retrato!)

Mar. (Ah! siempre ha de venir á entorpecerlo todo esta muger!)

Art. Señora... usted en esta casa!

Bar. Yo, que deseo salvarle á usted.

Mar. (*ap. á la Baronesa.*) (Qué está usted haciendo?)

Bar. (*id.*) Déjeme usted obrar; quizás tendré mas habi-

lidad.) (*á Arturo.*) Arturo, viva usted tranquilo, y acuda esta noche por esa cantidad á mi casa.

ART. Señora... tanto favor...

BAR. Señor Marqués, descanse usted; de ese crédito responde la Baronesa de Fombal.

ADE. (*dando un grito.*) (Ah! la muger á quien ama!) (*cayendo desmayada.*)

ART. Adela! (*yendo hácia ella.*)

BAR. Su esposa!

MAR. (Qué veo! La modista que hace diez años cuidaba de don Anselmo!)

BAR. Arturo, esta noche en mi casa.

ART. Señor Marqués, mañana en la de usted.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

LA ANTESALA DE UN MINISTRO.

Antesala de despacho en un ministerio; puerta al foro; á la derecha, en primer término, otra que figura conducir al despacho, con colgadura: una mesa de escritorio en un último término, á la derecha; otra puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL PORTERO, *varios caballeros.*

POR. Nada, nada, no se puede entrar; repito que su escelencia no recibe. Hay graves negocios de Estado, que se lo impiden.

UNO. Si usted le pasára esta targeta, estoy seguro...

POR. Imposible, imposible; aunque fuera de su mismo padre; S. E. ha dado órden para que no se le pase ningun recado.

UNO. Ea, aumentemos la dósis de paciencia; mañana será otro dia.

POR. Eso es, aguarden ustedes á mejor acasion. (*vanse todos, y queda solo el Portero.*) Vayan con Dios; no hay gente mas molesta que los pretendientes; son el mismo diablo, cuando se proponen hacerle á uno perder la paciencia. El gefe ha mandado que á nadie se reciba, y ellos, dale que dale; solamente está franca la entrada para tres personas. La Baronesa de Fombal, el Marqués de Ardiela, y el Baron de Grás. Algo trae entre manos esta trinidad. Allá veremos lo que resulta; yo no puedo hacer mas que cumplir las órdenes que he recibido.

ESCENA II.

EL PORTERO, EL BARON.

BARON. Ola! poca gente hay por estos sitios.

POR. Pase S. E.; tengo órden para permitirle la entrada hasta el gabinete del señor ministro.

BARON. (Buen bribon estás tú; ahora mucho agasajo y mucha cortesia, y hace cuatro años, me daba con la puerta en los hocicos cuando venia como pretendiente de una recaudacion de contribuciones. Este es el mundo.)

POR. Cuando V. E. guste...

BARON. Corriente; estoy enterado. Ha venido el Marqués de Ardiela?

POR. S. E. no ha venido todavia.

BARON. Está bien. (Prefiero aguardarle aqui, para que nos pongamos de acuerdo antes de entrar. No es cosa de ir á ciegas.)

POR. V. E. tiene la puerta franca, para cuando quiera. Con su permiso, voy á entrar en la secretaria.

BARON. Bueno, vaya usted con Dios; no le necesito para nada.

POR. (Qué humos! No le sucedia lo mismo cuando venia con los codos rotos, á pretender. Cómo se mudan los tiempos!) (*entra por la izquierda.*)

ESCENA III.

EL BARON, *solo.*

Pues señor, el negocio es bueno, si podemos hacerles venir á la razon; y vendrán, porque de otro modo es inevitable su caida.

ESCENA IV.

EL BARON, EL MARQUES.

MAR. Ola, señor Baron, ya está usted por aqui?

BARON. Amigo mio, le he tomado á usted la delantera, y lo estraño, porque en negocios de interés, siempre ha sido usted prevenido.

MAR. Sin embargo, no se ha perdido el tiempo; es temprano.

BARON. Qué noticias tiene usted?

MAR. Buenas; vá cayendo todo en nuestro poder. La crísis financiera se desarrolla de una manera espantosa; los bancos estrangeros apenas tienen numerario para satisfacer los pagos.

BARON. No obstante, el gobierno ha tomado acertadas medidas para combatirla.

MAR. Ah! señor Baron; tiene usted poco tacto en los negocios! Por mas que el gobierno se afane y se desespere, nada conseguirá. Donde no hay pan, todo son duelos; el dia que falten completamente los fondos, tendrán que recurrir á nosotros, á nuestro dinero, y á nuestro crédito; entonces impondremos condiciones; ó el poder, ó grandes ventajas en el interés; de todos modos, siempre salimos ganando. Desengáñese usted, señor Baron; don dinero es hoy el personage mas importante en todos los paises.

BARON. Corriente; en manos de usted lo dejo todo; yo no entiendo una palabra; me encuentro con una fortuna hecha y derecha, sin haber puesto el menor trabajo de mi parte; la suerte me ha favorecido, y vamos viviendo.

MAR. Si; hay épocas en que no hacen fortuna, mas que los tontos y los pícaros.

BARON. Señor Marqués!..

MAR. No, no crea usted que quiero introducirle en ninguna de estas dos calificaciones. Hay escepciones en toda regla, y ya conocerá usted, que yo, que tambien he hecho fortuna, no me comprenderia en la regla general.

BARON. Conque vamos á ver; la verdad, no he comprendido todavia el negocio.

MAR. Es muy sencillo. Supóngase usted, que la crísis financiera amenaza á toda Europa...

BARON. Eso es lo que no comprendo; en qué consiste?...

MAR. En la falta de metálico, que escasea en todas las plazas mercantiles.

BARON. Hombre, vea usted una cosa rara; una cosa que hará devanarse los sesos al mas entendido hacendista... Conque se acaba el metálico, eh? Y me quiere usted decir, qué se ha hecho? Dónde se ha metido? Porque si fuera una cosa *comestible*, como aquel que dice, lo comprenderia perfectamente.

MAR. Ja!.. ja!. ja!.. No haga usted semejante pregunta demasiado inocente, para la posicion que usted ocupa en la banca, siendo uno de sus mas robustos pies.

BARON. Repito á usted, señor Marqués, que podré se

un pié de banca, ó un pié de banco, lo que usted quiera; pero no entiendo una palabra de estos asuntos. Mis negocios los han hecho los demás, ó se han hecho ellos solos.

MAR. Dígame usted; aqui *inter nos*. Con cuánto capital, en metálico, podrán contar hoy las cajas de usted?

BARON. Hem... hem... Hombre... yo le diré á usted; hay... algo, algo... no deja de haber alguna cosa...

MAR. En... plata... eh?

BARON. Pues... en plata... me gusta mucho la plata.

MAR. Por consiguiente, habrá usted realizado en estos dias las existencias de papel?..

BARON. Hombre, si; me gusta poco el papel, es tan espuesto!.. Un incendio, una quiebra...

MAR. Perfectamente; luego será considerable la cantidad en metálico, de que usted puede disponer?

BARON. Algo, algo!

MAR. Pues bien; como sobre gustos nada se ha escrito, quiere decir, que yo he tenido el mismo que usted, y que otros han tenido el mismo que usted y que yo; una usted á esto, la considerable esportacion, y vendremos á parar, en que naturalmente ha de sentirse la falta.

BARON. Hombre, tiene usted razon: pues no habia caido en ello! Ah! es necesario sacar al Estado de sus compromisos; el patriotismo antes que todo. Yo, por mi parte, estoy dispuesto á entregar mi dinero.

MAR. Y yo tambien.

BARON. Por supuesto, que el interés... y... en fin, ya me comprende usted.

MAR. Je... je... je!.. Pues ya!

BARON. Porque al cabo... se priva uno del gusto de tener... y... pero nada, nada, el pais es antes que todo.

MAR. Estamos corrientes.

BARON. Nos entendemos, eh?..

MAR. Perfectamente.

BARON. Por lo demás, no entiendo palabra de negocios.

MAR. Ah! no, basta con el instinto; usted tiene buen olfato, señor Baron.

BARON. Je... je... je!.. (*riéndose.*)

MAR. Je... je... je!.. (*id.*)

BARON. (No sé por qué será, pero me entra una alegria cuando se me presenta ocasion de ganar dinero!)

MAR. (Lástima que no haya estudiado este hombre; seria un gran ministro!) Conque, cuando usted quiera podremos pasar.

BARON. Al instante; pero no ha venido todavia la Baronesa.

MAR. No importa; ya vendrá. Además, en este negocio nada tiene ella que ver.

BARON. Pues vamos.

MAR. Me parece que no debemos entrar juntos; anticípese usted un poco; allá voy en seguida.

BARON. Corriente. Por supuesto, hablaremos de aquellas contratas... y la concesion consabida.

MAR. Todo se andará.

BARON. Como usted guste. No entiendo ni esto. (*haciendo señal con el dedo en la boca,*) Voy allá. (*volviendo.*) Ah! por de contado, que nosotros, como si no estubiéramos de acuerdo. Y sobre todo, acordémonos del reconocimiento de aquellos créditos...

MAR. No tenga usted cuidado; nada se olvida.

BARON. Bueno, bueno; confio enteramente en usted; repito, que yo no entiendo una palabra. (*entra por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

EL MARQUES.

No me fiaria yo de ti, á pesar de tus protestas de no entenderlo. Difícil es engañarte, con tu apariencia de tonto! Sin embargo, he de procurarlo, y tal vez no será imposible que lo consiga. La fortuna hace navegar viento en popa la nave de mis negocios; ganancias por un lado, riquezas por otro, favores, atenciones, posicion, todo! Oh! el oro, el oro es la pasion favorita de mi vida! Piedra de imán que todo lo atrae; palanca que todo lo mueve, y fuerza superior á que nada en el mundo se resiste.

ESCENA VI.

EL MARQUES, LA BARONESA.

BAR. Ah! me alegro de encontrarle á usted antes de entrar.

MAR. A propósito me he quedado en esta antesala, haciendo que el Baron pasase antes que yo. Es preciso que renuncie usted completamente á ese capricho.

BAR. Nunca.

MAR. Señora.... vá usted á perdernos miserablemente, y creo que usted vendrá á la razon, cuando sepa que hay un peligro estraordinario, en que ese pintor permanezca en Madrid, y tenga contacto con nosotros.

BAR. Dónde está el peligro? Anoche, cuando vino á mi casa á recoger la cantidad, que ha entregado á usted esta mañana, no puede usted comprender cuántas muestras de adhesion y respeto me ha dado; yo procuré contener mi pasion, y el pobre jóven ha marchado persuadido, de que solo mi simpatia y mi interés hácia su posicion, me mueven á favorecerle.

MAR. Perfectamente; entonces, nos es mas fácil hacerle salir de la corte, y de España.

BAR. Cómo! Salir de Madrid! Con qué objeto?.. Precisa todavia el viage de ayer?

MAR. No señora; las circunstancias han cambiado. Ya no necesito que vaya á París; pero necesito que se aleje de Madrid para siempre.

BAR. Con qué objeto?..

MAR. Oiga usted la razon, señora, ya que asi lo quiere; es que puede tener para nosotros fatales consecuencias. Ha olvidado usted el año 34?

BAR. Y bien? A qué traer ahora ese recuerdo?

MAR. La jóven que cuidaba al usurero... es la esposa del pintor.

BAR. Qué está usted diciendo?

MAR. Recuerde usted que el usurero tenia un hijo, que amaba á aquella jóven, y que en aquella época se encontraba ausente, sin saber su paradero.

BAR. Ah! Luego?.

MAR. Luego... el pintor, es el hijo de don Anselmo, víctima en el año 34... del cólera... como usted sabe.

BAR. Dios mio! Pero cómo ha averiguado usted?..

MAR. Ayer conocí á la jóven, cuando se desmayó en brazos de su esposo. Ella, tal vez no me ha reconocido, pero es muy fácil que esto suceda de un momento á otro.

BAR. Sin embargo, no sabrá...

MAR. Pche... hay casualidades... hay... Ella me conoció pobre... y en fin, evitando la ocasion, se evita el peligro.

BAR. Y qué ha pensado usted?

MAR. Arturo saldrá para Roma, pensionado por el gobierno, para seguir los estudios de su arte. Esto nos libra por ahora de su presencia, y nos dá tiempo para pensar.

BAR. Oh! Arturo salir de Madrid! No habrá otro medio?

MAR. Ninguno.

MAR. Déjeme usted pensarlo. Puesto que en último término tenemos ese medio seguro, acaso podré idear

otro. Lo que nos interesa es, que desaparezca su esposa; no es cierto?

MAR. Justo; él no hay miedo que me conozca, puesto que nunca me habia visto, como yo á él. Pero marchándose á Roma, le acompaña la jóven... y ese es mi objeto.

BAR. Yo pensaré... inventaré un medio, acaso mas seguro.

MAR. Piénselo usted bien; voy á entrar en el gabinete. Hoy mismo debe quedar decidido.

BAR. Pierda usted cuidado.

MAR. Hasta luego. (Lástima, que las mugeres tengan corazon!) (*entra por la derecha.*)

ESCENA VII.

LA BARONESA.

Oh! no, no permito que se le haga salir de la corte. Sin embargo, esa muger tal vez podria perdernos. Ella es la que sobra aqui; pues bien, á ella deben dirigirse nuestros tiros. Dios mio! por qué no se puede mandar al corazon? Oh! no, no quiero mandarle tampoco; siempre he sido dueña de mi voluntad, y nada en el mundo, mientras yo pueda, es capaz de contrariarla. Oh! preciso es perder á esa muger! Qué idea! Si, si, no hay duda; debe surtir buen efecto; el medio es magnífico; no hay que reparar en sacrificios, para conseguirlo.

ESCENA VIII.

LA BARONESA, EDUARDO.

EDU. (Aqui está, no me habia engañado.)

BAR. Qué casualidad! No podia usted llegar mas á tiempo.

EDU. No es casualidad, señora; conoci á la puerta el carruage de usted, y como deseaba verla, subi, para esperarla.

BAR. Y bien?

EDU. Ah! señora! Me ha proporcionado usted un magnífico entretenimiento.

BAR. Si, eh? Ya lo sabia yo.

EDU. Es una muger divina, encantadora. Casi estoy por decirla, que me he enamorado.

BAR. Estubo usted en su casa?

EDU. Si, estube; la conté todo cuanto usted me habia dicho.

BAR. Ya lo sé.

EDU. Me he hecho amigo del marido; he quedado en volver hoy, para que empiece mi retrato; con eso tendré mas tiempo, para ver á la preciosa Adela.

BAR. Es preciso que no vuelva usted hoy; el marido se ha apercibido de todo; le anda á usted buscando.

EDU. Qué me importa? Reñiremos, y le mataré!

BAR. Bravo! Señor calavera! Asi se mata á un marido? Gran resultado vendria usted á sacar con semejante tonteria.

EDU. Pues qué quiere usted que haga? Que abandone el campo? Señora, no puede ser.

MAR. Jesus, qué poco mundo tienen los jóvenes del dia! Y eso que la echan de gastados á los veinticinco años!

EDU. No comprendo...

BAR. No hay mas medio que el escándalo, para conseguir uno el objeto que se propone? Todo lo echan ustedes á barato! Reñir, nada mas que reñir! La fuerza bruta; y la habilidad, señor mio? Y el talento?.. No sea usted tonto, Eduardo; en este siglo, sustituye la cabeza al brazo. En esta época, todo se hace á fuerza de voluntad... ó á fuerza de oro!

EDU. El oro creo que no sirve aqui para nada, señora.

BAR. Ah! ni siquiera tiene usted el tino de comprenderme!

EDU. Esplíquese usted.

BAR. A usted le gusta esa muger?

EDU. Repito, que creo que estoy enamorado.

BAR. Bueno, es igual. Y no hay mas medio que reñir con el marido?.. Si todo puede hacerse en santa paz! Hay sillas de postas; se cuentan mil historias de raptos; por gusto... ó por fuerza... Hay paises lejanos, donde se vive tranquila y dichosamente, en brazos del amor. En fin, hay mil cosas, que no deben ocultarse á la imaginacion ardiente de un jóven conquistador.

EDU. Oh! comprendo, señora, comprendo! Y lo cree usted eso posible?

BAR. Pche...

EDU. Sin embargo, un rapto... si ella se opone...

BAR. Bah... bah... bah... me parece que ya he hablado lo suficiente. Conozco algunos jóvenes, muy elegantes por cierto, á quienes no arredra nada en el mundo.

EDU. Y cree usted que hay algo que me arredre á mi? Señora, Adela será mia!

BAR. (Bravo!)

EDU. Son necesarios grandes medios para emprender un viage por ese estilo, pero...

BAR. Pero hay amigos... ó amigas, que poseen riquezas, y que tienen un grande cariño á ciertas personas, para sacarlas de sus compromisos.

EDU. Gracias, señora! (*dándola la mano.*)

BAR. Ja!.. ja!.. ja!.. Para todo hay salida en este mundo! Conque una licencia para correr la posta... y gran habilidad!

EDU. No me ha faltado nunca.

BAR. Le espero á usted esta tarde en mi casa. Adios, Eduardo; no dirá usted que no soy su verdadera amiga. (*dándole la mano.*)

EDU. Gracias, Baronesa. Hasta la tarde.

BAR. (Le ayudaré en su plan, y perderé á esa muger! Ya di alimento al corazon; ahora, á la cabeza.) (*entra por la derecha.*)

ESCENA IX.

EDUARDO.

Bravo! Este lance vá á darme la fama de un don Juan Tenorio. Una muger robada; un marido engañado! Pero me parece que la conquista será difícil; qué importa? Un engaño cualquiera; el caso es salir de Madrid, y una vez lejos... ello dirá. Nada, nada; es preciso ponerlo en ejecucion esta tarde mismo. Tengo dinero que la Baronesa me ha ofrecido generosamente, y tengo audacia. Adelante; no me falta mas que una idea; una idea ingeniosa... y la encontraré.

ESCENA V.

EDUARDO, EL PORTERO, *por la izquierda.*

POR. Qué se le ofrecia á usted, caballero? S. E. no recibe.

EDU. No me importa; no vengo á buscar á S. E.

POR. No sabrá usted sin duda que aqui no se debe estar con el sombrero puesto.

EDU. Y por qué razon?.. (*quitándose el sombrero.*)

POR. Porque... porque... por la... la razon no la sé, pero el caso es, que no se debe estar.

EDU. Sin duda será por respeto al estafermo, que guarda la porteria.

POR. Caballero, yo estoy revestido aqui con la autoridad, que me da la... la... en fin, estoy revestido con la autoridad.

EDU. Está usted revestido de necio, que es su trage favorito.
POR. Hum! Le mandaré á usted echar de aqui, señor insolente!..
EDU. Yo le recomendaré á usted á mi amiga la Baronesa de Fombal, para que ella lo haga al ministro. (*siempre con el sombrero en la mano.*)
POR. Es usted amigo de la señora Baronesa?
EDU. La visito dos ó tres veces al dia.
POR. Ah! Ilustrísimo... Escelentísimo... Eminentísimo.. (*haciendo cortesias.*)
EDU. (Me marcho, por no ver á este imbécil.)
POR. Tenga V. S. la bondad de cubrirse, caballero; hace un tiempo detestable, y un catarro... Cúbrase V. S.; los aires colados son fatales en estas antesalas.
EDU. (Miserable!)
POR. Que V. E. lo pase bien; cuidado con la escalera. (*vase Eduardo.*)

ESCENA XI.

EL PORTERO.

Ay! Dios mio! Si me sucederá algo? Si ese señor dará parte y... Ah! siempre está uno con el alma en un hilo! Y ya se vé; como no se conocen las personas, y aqui es necesario tener *cara feroce* con los pretendientes, á lo mejor pagan justos por pecadores. Dios haga que ese caballero, no vuelva á acordarse de semejante lance. Desde hoy prometo ser sumamente amable con todo el mundo; voy á variar completamente de carácter. (*dirigiéndose á la mesa.*)

ESCENA XII.

EL PORTERO, ARTURO, *que entra sin verle, hasta el proscenio.*

ART. Veremos si me dejan pasar.
POR. (*viéndole.*) Caballero, caballero, qué significa ese atrevimiento?.. No hay aqui nadie á quien pedir permiso?
ART. Perdone usted, no habia reparado...
POR. Es que, otra vez, líbrese usted de atravesar los humbrales de esa puerta, sin mi consentimiento.
ART. No creo que hay motivo, para alterarse tanto.
POR. Hum!.. En fin, qué se le ofrece á usted? (*con tono desabrido.*)
ART. Deseaba pasar á secretaria, para enterarme de un asunto sobre la academia de pintura, á que pertenezco.
POR. No puede ser, no se recibe.
ART. Sin embargo, si pasára usted una targeta...
POR. Está prohibido.
ART. A qué hora podré volver, en ese caso?
POR. No lo sé; no hay hora fija para recibir.
ART. Me quiere usted decir entonces, cómo despacha uno sus negocios?
POR. Caballero, no necesito que nadie me reconvenga; está usted? Cumplo con mi obligacion.
ART. Al contrario, creo que abusa usted de la confianza de sus gefes.
POR. Caballero, aqui no se permite hablar alto.

ESCENA XIII.

Dichos, la BARONESA *por la derecha.*

BAR. Arturo!
ART. Ah! Baronesa; celebro encontrarla á usted aqui.
BAR. Yo tambien, amigo mio!
POR. (Cielos! Su amigo! Hoy estoy completamente desgraciado!)
BAR. Qué le trae á usted por estos sitios?
ART. Un asunto de mi arte. Deseaba entrar en la secretaria...
POR. Y yo iba á decirle á este caballero, que le acompañaria hasta el negociado que busca.
BAR. Bien, despache usted sus asuntos; tenemos que hablar, y le aguardo á usted aqui mismo.
ART. En el instante estoy de vuelta.
POR. Cuando usted guste, caballero. (*abriéndole la puerta de la izquierda.*)
ART. Vamos.
POR. (Desde hoy, no vuelvo á impedir la entrada á nadie, aunque vengan un millon depretendientes. (*entra con Arturo.*)

ESCENA XIV.

LA BARONESA.

No he querido interrumplirles en su conferencia, y me he cansado de aguardar en el ante-despacho. Les esperaré aqui. Los momentos son preciosos, y el tiempo me falta para todo. Tambien tendré que ayudarle á Eduardo en su difícil empresa; él no tiene habilidad para nada, y tal vez lo echaria á perder. Me parece que oigo hablar... Si, es la voz del Marqués, y la del Baron, que salen.

ESCENA XV.

LA BARONESA, EL MARQUES, EL BARON.

BARON. Ah! Baronesa!
BAR. Qué! Salen ustedes de mal humor?
MAR. Creo que hemos hecho un mal negocio.
BAR. Qué está usted diciendo!
BARON. Nos ha salido el tiro por la culata, como suele decirse.
BAR. Pero... esplíquenme ustedes...
BARON. Yo se lo diré á usted en dos palabras. Es decir, lo que yo he podido vislumbrar, porque la verdad, no entiendo estos negocios.
BAR. Adelante.
BARON. Figúrese usted, que nosotros entramos con todo el aire de conquistadores, como queriendo imponer la ley; porque podíamos, no es cierto, señor Marqués? Usted me ha dicho que podíamos, porque yo no lo entiendo.
BAR. Adelante, adelante.
MAR. En fin, el ministro, en lugar de rogarnos, nos ha amenazado.
BAR. Amenazas!
BARON. Si señora, amenazas! Que aprontemos inmediatamente el dinero que se necesita, ó... que nos mandará á presidio.
BAR. A presidio!
BARON. Lo que usted oye. Dígame usted, señor Marqués; hay motivo para mandarnos á presidio? Porque la verdad, no entiendo de estas cosas.
BAR. Pero... Por qué razon?..
MAR. Dice que abusamos de la confianza del pais, y de la lealtad del gobierno. En vano le hemos hecho comprender que en este negocio...
BARON. Entonces fué cuando mas se irritó.
MAR. Nos ha llamado agiotistas, usureros; nos ha dicho que queremos perder al pais, por nuestro egoismo, y que está decidido á arrancarnos la máscara ante la nacion. Que el gobierno quiere que se respete la ley, y que nunca dará apoyo á nuestros ágios, ni protegerá nuestros negocios, mientras no sean legales.
BARON. Y que nos mandará á presidio! Eso es lo que

mas me ha picado. Ahi tiene usted lo que es un ministro; asi está esta pobre nacion! Y nosotros, que queremos salvarla!

MAR. Me parece imposible conseguir nuestro objeto.

BAR. Y qué han contestado ustedes?

BARON. Que nos deje de tiempo hasta la noche, para pensarlo.

MAR. Y nos ha repetido, que mañana han de estar nuestros capitales en poder del gobierno, al interés legal, ó que temamos sus disposiciones.

BARON. Figúrese usted en qué pais sucede esto! Abusar de la propiedad particular! Digo, creo que es abusar, porque yo no lo entiendo.

BAR. Es claro. Es necesario inventar un medio, para que no perdamos esta ocasion.

BARON. Bien merecido nos está! Vaya usted á sacrificarse por semejantes hombres! Yo, que me indispuse con la prensa, votando contra la imprenta, recibir ahora semejante desaire!

MAR. Déjele usted; algun dia caerá en nuestro poder!

BARON. Yo lo creo que caerá! El pais no puede querer á gentes que amenazan con mandar á presidio á un capitalista. Ahi no es nada! Un capitalista! La providencia de los gobiernos, al ochenta por ciento!

MAR. Déjese usted de declamaciones, señor Baron; lo que nos interesa, es evitar el peligro, y aprovechar la ocasion. Al grano, al grano.

BARON. Justo, al grano; eso digo yo; pero creo que no es un grano de anis lo de presidio!

MAR. Eh!..

BAR. Puesto que nos queda tiempo, ya pensaremos lo que se ha de hacer. (*ap. al Marqués.*) En cuanto á lo otro, está todo arreglado.

MAR. Y cómo?

BAR. Déjeme usted obrar á mi sola.

ESCENA XVI.

Dichos, EDUARDO.

EDU. Todavia la encuentro aqui!

BAR. (Eduardo! Qué magnífica idea!)

EDU. Deseaba hablar á usted.

BAR. Tambien yo lo deseo. Espéreme usted un instante. Tambien ustedes, todos. Me ha ocurrido una idea, que voy á poner en práctica, y vuelvo en seguida; tengo el coche á la puerta.

BARON. (Esta muger es el diablo!)

BAR. (Si Arturo sale, se encuentran y... Dios sabe!.. Magnífica idea!) Vuelvo en seguida. (*sale por el foro.*)

MAR. Pero... Nada, se marchó!

BARON. Déjela usted, déjela usted; algun plan llevará.

EDU. Y nos ha dicho que la esperemos.

BARON. Y debemos esperarla. Digo, me parece que debemos esperarla.

MAR. (Creo que ese capricho va á hacerla perder la razon, ahora que tanto necesitamos todos de ella.)

ESCENA XVII.

Dichos, ARTURO, *por la izquierda.*

ART. (Mucho he tardado.) Señores...

EDU. (Cielos! el pintor!)

ART. (*viéndole.*) Ah! gracias, Dios mio! (*acercándose á él.*) Caballero, necesito hablar á solas con usted.

EDU. No, ya no es preciso; he pensado otra cosa.

BARON. Si estorbamos...

EDU. No; figúrense ustedes, que ayer pensé que el señor me hiciera un retrato; pero hoy me he arrepentido, porque salgo esta noche de Madrid.

ART. Sale usted! No será, sin que antes me haya usted dado una esplicacion.

EDU. Caballero, no tengo necesidad de dar esplicaciones á nadie.

ART. Salgamos de aqui... y nos entenderemos mejor.

EDU. Es inútil; no me muevo de esta sala.

ART. Comprenderá usted, caballero, lo que deseo?

EDU. Hemos concluido.

ART. No hemos empezado todavia.

EDU. Dígame usted lo que pretende.

ART. No es cosa para este sitio.

EDU. Pues cállese usted.

ART. Salga usted conmigo.

EDU. He dicho, que no.

ART. Le obligaré á usted á ello.

EDU. Cómo?

ART. Insultándole.

EDU. Desprecio los insultos.

ART. O de otra manera.

EDU. Cuál?

ART. Asi. (*levanta la mano para darle un bofeton.*)

EDU. Miserable!

BARON. (*procurando separarles.*) Caballeros! Caballeros!

ART. Aparte usted; yo haré ver á ese cobarde...

EDU. Insolente!

ESCENA XVIII.

Dichos, el PORTERO *por la izquierda; despues un* CELADOR *y dos alguaciles, por el foro.*

POR. Qué significa esto? Una riña! Una profanacion! A ver, á ver! (*sale por el foro.*)

BARON. Cálmense ustedes.

ART. No, eso hacen los miserables, que son la ponzoña de la sociedad! Turbar la paz, envenenar la dicha, la felicidad de una casa; y luego, luego mostrarse cobardes en la ocasion. Señor don Eduardo de Montreal, á pesar de sus titulos de nobleza, á pesar de su posicion, yo, un modesto artista, le reto á muerte.

CEL. (*entrando.*) Alto á la justicia. Quién levanta la voz y la mano en este lugar, y se atreve á provocar un desafio?..

EDU. El señor, que nada respeta.

ART. Porque estoy en mi derecho, acusando á ese miserable!

CEL. Dénse ustedes presos los dos!

EDU. A mi no se me prende asi.

CEL. A ninguno de los dos conozco; la justicia debe entender en esto. Presten ustedes un fiador, ó arrestados hasta nueva órden.

MAR. El Marqués de Ardiela, responde por don Eduardo Montreal.

CEL. Señor Marqués, es suficiente la palabra de V. E. (*á Eduardo.*) Está usted libre, y ya se le citará cuando se acuerde.

BARON. (Si yo entendiera este negocio, responderia por el otro.)

CEL. (*á Arturo.*) Y usted?

ART. No necesito que nadie responda por mi; me doy preso; tengo la razon, y la autoridad me hará justicia.

EDU. (Oh! preso! Brava acasion! Su muger está sola!) Señor Marqués, diga usted á la Baronesa que la veré al momento; tengo una ocupacion precisa.

ART. Nos veremos, señor de Montreal.

EDU. Difícilmente. Es posible que parta esta noche de Madrid. (*vase.*)

ART. Yo le buscaré á usted.

CEL. Cuando usted guste...

ART. Vamos.

ESCENA XIX.

Dichos, el Portero, *con una carta.*

Por. Quién es aqui don Arturo de Monroy?
Art. Yo.
Por. Un criado ha dejado esta carta, diciendo que el sugeto á quien se dirigia, se hallaba aqui, y era urgente.
Art. Venga.
Por. (Por servir á la Baronesa, que me ha hecho el encargo, la he traido.)
Art. (*abriéndola.*) Otra carta sin firma. (*lee.*) «La cosa progresa demasiado. Su esposa de usted le engaña completamente; hay una silla de posta preparada, y esta noche debe partir en ella don Eduardo de Montreal, con una muger que le adora.» Oh! maldicion! (*dirigiéndose al foro.*)
Cel. Dónde va usted?
Art. Déjeme usted, déjeme usted, no puedo detenerme.
Mar. (Asegúrele usted, porque tengo malas noticias de él. (*bajo al Celador.*)
Cel. Caballero, está usted preso.
Art. Oh! déjeme usted, déjeme usted; mañana me constituiré en prision; mañana, esta noche es imposible; esta noche...
Cel. Esta noche dormirá usted en el Saladero.
Art. Oh! no, no puede ser. Mi vida, mi porvenir, todo por la libertad de hoy.
Cel. Señor mio, mi obligacion es cumplir la justicia. Al Saladero.
Art. Oh! Señor Marqués, usted me conoce; usted sabe quien soy; responda usted por mi.
Mar. Peh... le he visto á usted muy pocas veces en mi vida.
Art. Oh! Asi se prende á un hombre honrado!
Por. Caballero, poco á poco; el gobierno no permite que se le den lecciones.
Art. Silencio, miserable!
Por. Cómo miserable!
Art. Mañana me constituiré en prision. La tranquilidad de mi vida, mi porvenir, dependen acaso de un momento. Déjeme usted en libertad.
Cel. Imposible; al Saladero.
Art. Oh! maldicion! maldicion! (*escondiendo la cabeza entre las manos.*)
Mar. (Esto debe ser intriga de la Baronesa.)
Por. (Es algun conspirador; daré parte al gobierno.) (*al Baron.*)
Bar. (Me voy á comer; no entiendo una palabra de tanto embrollo.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA.

El teatro representa el interior de una posada. Una escalera que hay en el foro, y que pasa sobre la puerta, conduce á una habitacion alta, con puerta practicable. A derecha é izquierda, en primer término, puertas que conducen á otros cuartos; bancos, una mesilla y sobre ella un farol y restos de comida. En el hueco que forma la escalera y debajo de esta, un monton de paja, etc...

ESCENA PRIMERA.

Trajinantes 1.° Id. 2.°, Pascasio. *Trajinantes sentados junto á la mesa, bebiendo.*

Tra. 1.° A la salud del que nos regala este vino.
Pas. Eh! poco á poco; me parece que bas dicho, á la salud del que nos regala... No faltaba mas! Buenos están los tiempos para regalar! Di mejor, á la salud del que nos vende este vino.
Tra. 1.° Ya era hora, tio Pascasio, de que nos hiciera usted la gracia de dárnoslo un dia de balde; hace diez años nada menos, que se lo estamos á usted pagando.
Pas. Los mismos que yo lo pago al tabernero encargado del abasto del meson.
Tra. 1.° Ya; pero buenas ganancias le quedan al mesonero!
Pas. Si, que me las claven en la frente las de dos años á esta parte; han subido demasiado los impuestos, para que queden ganancias.
Tra. 2.° Calle usted! Calle usted, tio Pascasio, que buen bolsillo se vá haciendo.
Pas. Se pasa la vida, y nada mas.
Tra. 2.° Quién diablo le tentó á usted para venirse á vivir á este meson?
Pas. Toma! allá por los años de 34, tenia yo otro oficio en la corte; era trapero, ni mas ni menos. Algunos ahorrillos de mi juventud, pocos por cierto, reunidos á los de un mi compadre, tabernero entonces en la plazuela de santa Cruz, nos sirvieron á ambos para poner esta posada, donde con la ayuda de Dios y la de los pasageros, vamos tirando de esta vida miserable!
Tra. 1.° Como está á buena distancia de Madrid, no seran pocos los que paren en ella.
Pas. A seis leguas; vienen aqui á hacer la primer jornada casi todos los trajinantes, y no deja tampoco, de vez en cuando, de aparecer alguno que otro caballero.
Tra. 1.° Yo lo creo. Y ahora sale bastante gente de la corte.
Pas. Pues qué hay?
Tra. 2.° Dicen si anda aquello, qué se yo cómo! La verdad, no me he querido meter jamás en lo que no me importa.
Pas. Lo de siempre; la maldita política trae á los hombres medio locos!
Tra. 2.° Y al fin, para qué sirve?
Pas. Para qué? Oigan ustedes lo que decia el cura de mi lugar. Los políticos son los sacamuelas de la nacion; para menear las suyas, tienen que arrancar las de los contribuyentes.
Tra. 1.° En su vida dijo una verdad mayor el señor cura! Pasan unas cosas en ese Madrid, que ya, ya!... Y si no fuera porque se le resbala á uno la lengua....
Pas. Chit... mas vale callar; las paredes oyen, y al fin y al cabo, á nosotros no nos importan esos embrollos; allá se lo hayan, y con su pan se lo coman; al pobre no le ha de faltar nunca, como aquel que dice, ni rey que le mande, ni papa que le descomulgue.
Tra. 2.° Dice usted bien, tio Pascasio. (*bebiendo.*) A la salud de los tontos.
Pas. De esa fruta hay cosecha abundante en todas partes! Ea, ea, vamos á concluir pronto; mañana se ha de madrugar, y no es cosa de estarse toda la noche en vela.
Tra. 1.° Tiene usted razon, tio Pascasio; cada mochuelo á su olivo. Buenas noches, y hasta mañana.
Pas. Buenas noches. (*se marchan cada uno por su lado.*)

ESCENA II.

Pascasio.

Gracias á Dios; todas las noches me tienen dos horas de conversacion. Asi es, que se acuesta uno tarde, y

luego al amanecer es la pereza para echar de encima el sueño. Se habrá acostado la señorita? (*mirando por la cerradura de la puerta derecha.*) No, todavia tiene luz. Es particular! La pobrecilla se pasa llorando los dias y las noches, y lo mejor del caso es, que no puede darse cuenta de su posicion; parece cosa de brujeria lo que le está sucediendo! Calle! Abre la puerta y se dirije hácia aqui.

ESCENA III.

PASCASIO, ADELA, *en traje sencillo como de aldeana ó criada.*

ADE. Es muy tarde, Pascasio?

PAS. No señora; acaban de dar las nueve; pero ya he hecho retirar á los trajinantes.

ADE. Se me hacen las noches eternas! (*sentándose.*)

PAS. Ya se vé, no duerme usted.

ADE. Para qué quiero dormir? Es peor; en seguida asaltan mi imaginacion todos los recuerdos, que se convierten en horribles pesadillas; aquella noche fatal, no puede borrarse nunca de mi mente.

PAS. Válgame Dios! Siempre la he de conocer á usted padeciendo! Y cuidado que es larga la fecha! Digo, desde el año treinta y cuatro nada menos, hace doce años!

ADE. Es verdad; entonces tenia yo diez y siete; estaba en el principio de mi vida; ya la suerte me anunciaba el porvenir que me deparó despues. Solo he tenido algun momento de felicidad, mezclado con mil sinsabores.

PAS. Y lo que yo digo es, que la pasan á usted unas cosas tan estraordinarias...

ADE. Ni yo misma no acierto á comprenderlas.

PAS. No es nada el gusto que yo tube, al verla á usted entrar por esa puerta... y luego vino á turbar mi satisfaccion lo que usted me contó.

ADE. A cada instante me pregunto, qué es lo que ha pasado por mi, y no sé darme contestacion. Aquella tarde, hace tres años, vino una muger y me dijo: su esposo de usted está en peligro, y la espera. Apenas oi semejante noticia, subi desalada al coche que aquella muger me señaló, y parti con ella sin reflexionar; andamos mucho tiempo, y cuando yo, presintiendo un peligro, quise preguntar á dónde ibamos y dónde estaba Arturo, dos hombres, que venian en el pescante, y en quienes no habia reparado, me sujetaron cuando quise pedir socorro; me desmayé, y al volver en mi, me encontré en esta posada, en una cama, á cuya cabecera estabas tú. La muger, el carruage, los hombres, todo habia desaparecido.

PAS. Como que la dejaron à usted en mis brazos, diciendo, que no tardaria en llegar un caballero á quien usted esperaba.

ADE. En vano, repuesta de mi desmayo, volví al siguiente dia á Madrid; en vano esperé á Arturo; Arturo habia desaparecido. Un dia, dos, tres, un mes, seis, hasta un año le estube esperando... y no volvió... Quise preguntar en las casas que él frecuentaba... Unas me cerraron sus puertas... Otras no supieron darme razon. Entonces recurrí á tí... entonces busqué este retiro, donde espero en la Providencia.

PAS. Alguna desgracia debió sucederle á su esposo.

ADE. Ah! Dios lo sabe!

PAS. El velará por usted. Ea, vaya usted á descansar un poco; tengo que arreglar por adentro la posada.

ADE. Si, no te detengas por mi. Voy á retirarme en seguida.

PAS. Pues buenas noches, y descansar. (*vase por el foro.*)

ESCENA IV.

ADELA.

Un dia... y otro dia... y siempre lo mismo! Siempre ese misterio, que en vano procuro descubrir, porque una nube impenetrable me le oculta. Arrebatada de mi casa, sin causa alguna, abandonada de Arturo..... Ah! aquellos amores podrán haber tenido alguna parte en mi desgracia? No sé que pensar. Tres años mortales, esperando en la providencia, y ningun consuelo presta á mi dolor, que ya creo eterno! Oh! no hay remedio; estoy decidida á recurrir á un asilo sagrado; un convento, dará abrigo á mis últimos dias, y paz á mi corazon, para elevar el alma á Dios, para rogar por los que tanto daño me han hecho en esta vida!

ESCENA V.

ADELA, PASCASIO, *que vuelve.*

PAS. Todavia está usted aqui?

ADE. Si, voy á retirarme en el momento. Buena noche, Pascasio.

PAS. Que usted descanse, señorita; y hasta mañana.

ADE. (El cielo me darà fortaleza!) (*entra por la derecha.*)

ESCENA VI.

PASCASIO.

Ya se ha acostado todo el mundo. Voy á cerrar la puerta, porque me parece que esta noche no vendrá ningun pasagero; la hora no es muy á propósito para andar por los caminos. (*mirando bajo de la escalera.*) Calle! no ha venido el pobre de anoche. Infeliz! Quizá se habrá muerto de hambre por algun camino. De buena gana le dí anoche hospitalidad, y ese monton de paja para que se acostase; y aunque habla poco, me ofreció volver esta noche á aprovecharse de mi beneficio, si no encontraba dónde albergarse. Tengo un placer siempre que hago una obra de caridad!... Mas todavia, que cuando recojo las ganancias que dejan los viajeros. Calle, me parece que oigo pasos.

ESCENA VII.

PASCASIO, ARTURO, *en traje miserable de pordiosero, con la barba crecida y desfigurado por la debilidad y los pesares.*

PAS. Ola! en nombrando al ruin de Roma... Amigo, por poco se queda usted en la calle; se conoce que hoy ha sido el camino largo. Ya iba á cerrar la puerta de la posada.

ART. (*que está como distraido y fijo en un pensamiento interior que le embarga su atencion, se encoje de hombros.*

PAS. (Buena contestacion; son muy políticos estos pobres!) Pero ha llegado usted á buena hora, y ha tenido suerte; la noche no está para andarse por esos caminos sin tener donde guarecerse.

ART. (*vuelve á encogerse de hombros.*)

PAS. (Vaya no trae ganas de conversacion.) Ahi tiene usted su poco de paja para acostarse, que le ofrecí anoche, y que podrá usted disfrutar siempre que quiera.

ART. (*hace con la cabeza un ademan de agradecimiento Se oye el ruido de un carruaje, que viene á pararse á la puerta de la posada.*)

Pas. Calle! El ruido de un coche! Quién podrá ser á estas horas? Y se ha parado á la puerta. Veamos, veamos si son por casualidad algunos pasageros. (*sale por el foro.*)

ESCENA VIII.

Arturo, *solo; despues de haber pasado su vista por toda la habitacion, se deja caer en la banqueta. En su mirada se notan señales de enagenacion.*

Ah!... Una noche! Otra noche! Y cien noches como esta... errante... solo... sin patria... sin familia... sin consuelo!.. Abandonado del mundo!... Abandonado del cielo!.. Maldecido por los hombres!.. Maldecido por Dios!.. Ensangrentado por un crimen... No, con una justicia, con una justicia tomada por mis manos! Una pistola... Sangre... Si, la sangre del miserable, que envenenó mi existencia... que turbó mi dicha.... Yo le he muerto... yo; él me robó la ventura... y el honor... Yo le maté; pero le maté como un caballero. Estamos en paz! No, aun me falta mas sangre que verter; aun me falta la de aquella muger que vendió mi cariño, que me engañó perjura! Mi casa sola..... Esta carta fatal... (*sacando de su pecho un papel viejo y doblado.*) Yo errante, perseguido por la justicia, vagando por los caminos sin ley y sin descanso!... Ja! ja! ja!.. Qué me importa? No me falta jamás un pedazo de pan, ni un poco de paja para descansar. Pche... durmamos; dicen que el sueño quita los pesares. (*se acuesta en el monton de paja que hay bajo la escalera.*)

ESCENA IX.

Arturo, *acostado;* Adela *por la derecha entreabriendo la puerta.*

Ade. Un coche ha parado á la puerta de la posada..... Quién será á estas horas? En vano procuro conciliar el sueño; mis ojos no pueden cerrarse... En ninguna parte estoy bien! El malestar que me persigue, no se mitiga con nada, y las sombras de la noche le aumentan todavia.

Art. (*incorporándose.*) Una muger!...

Ade. Esperaré á Pascasio, que sin duda habrá salido á recibir el carruage.

Art. Qué veo!.. No... El sueño que me persigue siempre... (*se levanta y se acerca poco á poco.*)

Ade. (*vuelve la cabeza y al verle dá un grito.*) Ah! un hombre! (*queriendo huir.*)

Art. Es ella!.. Es Adela!

Ade. Dios mio... Qué veo! Ar... Arturo! (*yendo hácia él.*)

Art. (*rechazándola y con mucha frialdad.*) Tres años!.. Tres años! y hoy la encuentro! Pche... No hay plazo que no se cumpla... (*con alegria estúpida.*)

Ade. Cielos! Esa frialdad... Ese traje... Esa mirada.... Oh! Arturo!

Art. Sentémonos; despues de tres años de ausencia.... tenemos muchas cosas que decirnos... Siéntate.

Ade. (Dios mio!.. Qué es lo que ha sucedido?)

Art. Tres años... ando noche y dia buscándote..... Tres años!.. Por fin te encontré. (*saca un puñal del pecho y lo pone sobre la mesa.*)

Ade. (Qué hace!)

Art. (Leamos antes esta carta.) (*la saca y lee para si.*) «Acudid á vuestra casa, y la encontrareis abandonada. La esposa infiel huyó del marido confiado.» (*habla.*) Y fué verdad! Mi casa sola! Yo errante!... Mis manos tintas con la sangre del malvado!.. Falta otra víctima á mi venganza!... Pche... No hay plazo que no se cumpla!..)

Ade. (Dios mio! Me asusta su mirada! Qué estará pensando? Oh! qué idea... Acaso su razon..... Tened piedad de mi, Dios mio!) Arturo, por fin el cielo nos ha reunido.

Art. Es verdad... el cielo... nos ha reunido... El cielo siempre es justo! (*levantándose.*) Adela, ves esta mano teñida con la sangre de un malvado?

Ade. Dios mio!.. Un asesinato!

Art. No, no! Como un caballero; él pudo matarme á mi; el cielo es justo; yo le maté á él.

Ade. Ah!.. Y quién es él?

Art. Ja, ja, ja! No está cumplida aun mi justicia; no importa, hoy se cumplirá. Adela, tú vas á seguirle.

Ade. Dios mio!

Art. Ves este puñal? Es... para ocultarlo en tu seno!..

Ade. Por piedad, Arturo, por piedad! Qué te he hecho para merecer tu castigo?

Art. Pche... Nada!

Ade. (*arrodillándose.*) Oh! Dios mio!.. Arturo! Cielos! Está loco!

Art. Loco!.. Loco el hombre que quiere borrar de su frente la mancha que le ha arrojado una muger perjura y desleal! Oh! Despues de la falta, la injuria!

Ade. Arturo, siempre he sido inocente!

Art. Inocente la muger que abandona su casa y su esposo, para huir con un amante, en mal hora sorprendido y castigado!

Ade. Oh! qué dices! Yo fui arrebatada contra mi voluntad! Ignoro las causas de este misterio, oculto á mis ojos hasta ahora!

Art. Adela!.. El dia de la justicia ha llegado!

Ade. Perdon! Perdon, Arturo!

Art. Nunca! (*cogiéndola del brazo y levantando el puñal; se oye la voz de Pascasio que se acerca.*)

Ade. Ah! Socorro!

Art. Silencio! (*tapándola la boca con la mano y levantándola bruscamente.*) Alguien se acerca.

Ade. Por piedad!

Art. Ni una palabra. Aqui, aqui, aqui oculta, yo guardaré esta puerta... tiempo queda para mi venganza.

Ade. Dios mio!

Art. Silencio! Ahi. (*la arrastra hácia la puerta de la derecha; la hace entrar, cierra.*) De aqui saldrás para la eternidad. Se acerca gente... (*observa por el foro, apaga la luz y despues va á acostarse sobre la paja.*)

ESCENA X.

Pascasio, el Baron de Gras *en trage de camino; Pascasio trae dos faroles en la mano; el uno lo deja sobre la mesa.*

Baron. Voto al chápiro! Son el demonio los mayorales de mi silla de posta. Nos han hecho gastar seis horas desde Madrid, y al fin, para qué? Para tener que pasar la noche en este maldito bodegon.

Pas. Poco á poco, caballero; aqui no habrá grandes cosas, pero lo que es buena voluntad...

Baron. Si; dormiremos sobre tu buena voluntad; será un escelente colchon. Maldita silla! Irse á descomponer á lo mejor de la jornada!

Pas. Al amanecer ya está compuesta.

Baron. Eso es preciso.

Pas. Ya se vé; tenemos unos caminos tan malos!

Baron. Lo creo; como que el gobierno no viaja por ellos.

Pas. Ya podian gastar algun dinero en componerlos; pero es claro, como la córte es un pozo sin fondo, alli se consume todo.

BARON. Hola, hola; tambien los posaderos quieren meter su cucharada en los asuntos de por allá?

PAS. Señor, tambien los posaderos pagamos, como cada hijo de vecino.

BARON. Y vamos á ver; qué se dice por aqui de las cosas de la córte?

PAS. Qué se ha de decir? Que alli se consume todo; que hay muchas sanguijuelas!

BARON. Sanguijuelas, eh? Esos serán los que cobran sueldos del tesoro?

PAS. Y los que no cobran; todos se dan buena maña para chupar. Y sobre todo, los ricos, los usureros; esos que prestan á los pobres al ciento por ciento.

BARON. (Eso no lo dice por mi; nunca he pasado del ochenta!)

PAS. Asi está el pobre pais! Unos engordan, mientras que otros se arruinan.

BARON. Y qué remedio? Esa es la ley de la naturaleza.

PAS. Qué remedio? Ya lo pondria yo bueno; á los que han adquirido asi sus capitales, les haria prestar todo su dinero á los pobres, sin interés ninguno!

BARON. Qué atrocidad! (Y dicen que el pueblo está atrasado! Darle álas, y el mejor dia nos quedamos sin un maravedi!)

PAS. Y ellos se tendrian la culpa. Siempre los abusos resultan en daño del que los hace.

BARON. Amigo mio, yo no entiendo una palabra.

PAS. Pues mire usted, eso es lo que sucede; y á mi mismo, el año pasado, sin ir mas lejos, me prestó cierta cantidad, un señor que se decia el apoderado de..... de..... del Baron de Grás, ahora que me acuerdo.

BARON. (Mi apoderado!)

PAS. Y á qué no acierta usted á cómo tuvo el atrevimiento de llevarme?

BARON. Pche... (Me lo figuro!)

PAS. Pásmese usted; al setenta por ciento!

BARON. (Ah! pícaro! Diez menos! Quiere arruinarme!.. Yo le ajustaré las cuentas al señor apoderado!)

PAS. Si es una locura lo que está pasando!

BARON. Si, lo veo, lo veo; pero puedo asegurar, que no sabia ni una palabra de esas cosas, hasta ahora; vaya! Es una locura la del señor apoderado!

PAS. No le parece á usted?

BARON. Mucho! (Ya se lo diré yo á él!)

PAS. Y dicen, que ahora emigra mucha gente de la corte.

BARON. Pche... la política.

PAS. De todo hay; parece que se persigue bastante á los usureros y á los agiotistas.

BARON. (Demonio de hombre! Si habrá conocido nuestra posicion!) Vamos, vamos, no hay que murmurar, y enséñame en seguida la habitacion.

PAS. Tendrá usted que subir allá arriba; esta de la izquierda puede servir para el matrimonio, y la otra para usted; no hay mas en la casa.

BARON. Corriente, vamos á ver.

PAS. Voy á enseñarle á usted el camino. (*empieza á subir la escalera.*)

BARON. Demonio! Vaya una escalera pendiente! O yo no lo entiendo, ó si fueran asi las que se usan para subir al ministerio, no habria tantos aspirantes.

PAS. Poco á poco; no vaya usted á tropezar.

BARON. No, sé agarrarme bien.

PAS. Este es el cuarto. Aqui tiene usted la luz, y la cama está hecha.

BARON. Corriente; será tan cómoda, como todo lo demas.

PAS. Que usted pase buena noche. (*le dá el farolillo, el Baron entra y cierra la puerta; Pascasio vuelve á bajar.*)

PAS. Ea, ya tenemos á este colocado. Vamos ahora á los otros. Parecen personas de categoria, sin embargo de que viajan con poco tren; los mayorales nada mas, ni siquiera un ayuda de cámara. Ola! (*viendo á Arturo.*) Duerme bien este pobre hombre; se conoce que habrá andado mucho. Vamos á ver si acabamos la colocacion. Calle, aqui vienen.

ESCENA XI.

PASCASIO, LA BARONESA, EL MARQUES, *ambos en trage de camino.*

BAR. Posadero, á ver si nos dá usted en seguida el cuarto. (*Arturo se vuelve un poco al oir la voz de la Baronesa.*)

PAS. Aqui está; ya iba á avisarles á ustedes.

MAR. Cuál es?

PAS. Este de la izquierda. Aqui tienen ustedes la luz.

MAR. Bien, puede usted retirarse; ya no le necesitamos.

PAS. Corriente. Descansar y arreglarse con lo que haya. (*vase y cierra la puerta del foro.*)

BAR. Estamos solos? (*El marqués mira por la habitacion y si está cerrada la puerta.*)

MAR. Completamente.

BAR. Ah! la suerte empieza á perseguirnos! (*sentándose en el banco.*)

MAR. Será una cosa pasagera, tal vez; por nuestra seguridad salimos de Madrid, y nada mas. Acaso ni siquiera se acuerden de nosotros.

BAR. No te hagas ilusiones. Nuestra casa ha sido delatada como un foco de conspiracion. Nuestros negocios han sido acusados de ilegales y de fraudulentos, y en vano intentaremos parar el golpe que nos amaga!

MAR. No; lo único que puede haber de malo en nuestra situacion, es que llegue á descubrirse la falsificacion de aquellas letras, á que nos obligó el mal estado de nuestros negocios. Por lo demas, no hay nada que temer. No quieres descansar hasta que volvamos á emprender el camino?

BAR. No, me siento con bastantes fuerzas para resistir el viage.

MAR. Apuesto á que no hace lo mismo el Baron.

BAR. Dichoso él!

MAR. Es particular; pero desde que se efectuó nuestro matrimonio, á que nos obligaron razones de interes y de conciencia social, noto que ha desaparecido de tu rostro la alegria.

BAR. Ah! es que el remordimiento penetra en mi corazon!...

MAR. Remordimiento! Y de qué?

BAR. Aquel pobre joven, sacrificado por mis intrigas; turbada, tal vez para siempre, la felicidad de una casa... Son ideas que no puedo apartar de mi imaginacion.

MAR. Otros crímenes mayores pesan sobre mi, y sin embargo, procuro olvidarlos.

BAR. Será que el corazon del hombre resiste mas que el de la muger!

MAR. Y luego, nosotros no tubimos la culpa. Arturo y Eduardo se batieron; le mató, y asunto concluido. El pintor ha desaparecido; su muger tambien, que era lo que nos convenia; qué tenemos nosotros que ver con lo demas?

(Arturo desde el principio de este diálogo, ha procurado atender á él, sin variar de posicion. Al oir su nombre se incorpora, quedándose sentado sobre el monton de paja: y escucha con impaciencia, mostrando en su espresion los afectos que esperimenta.)

BAR. Sin embargo, nosotros tubimos la culpa. Yo com-

prometi á Eduardo, y por mi se prendó de aquella muger; ella le despreció, y yo le aconsejé el medio del rapto, y le ayudé á ponerlo en práctica. La libertad del pintor y su encuentro con Eduardo, el desafio, variaron el rumbo de mis planes, y la suerte lo dispuso de otro modo. Nada se ha vuelto á saber de ellos, y nosotros hemos sido la causa de estas desgracias.

MAR. Por evitar otras mayores. Crees que si Adela me hubiese reconocido algun dia, no hubiera acaso podido sospechar la parte que tube en la muerte del usurero, y en hacerme dueño de su tesoro?

(Arturo se pone en pie. En su rostro y en su espresion se nota la impaciencia. El actor, comprendida la situacion en que se encuentra este personaje, podrá darle, hasta el final de la escena, y segun lo indique el diálogo, la actitud y la espresion convenientes.)

BAR. Sin embargo, como ella nada sabia...

MAR. A veces hay casualidades, ó providencias, que descubren el mas oculto misterio.

BAR. Y como el usurero murió del cólera...

MAR. Asi se debió creer; pero quién sabe si algun dia pudiera descubrirse, que aquella mañana se habia administrado á don Anselmo una bebida preparada por mi, que ha sido la base de mi fortuna, gracias á los ahorros del viejo miserable? (*Arturo esconde la cabeza entre las manos, y hace un movimiento de dolor y de ira, que contiene inmediatamente.*)

BAR. Olvidemos esas tristes ideas, que hacen arder mi cerebro.

MAR. Tú eres la que siempre te empeñas en traerlas á nuestra memoria.

BAR. Han desaparecido todos los vestijios de nuestros crímenes?

MAR. Por fortuna! Quién ha de poder acusarnos? No hay nadie en el mundo que los sepa.

ART. (*no pudiendo contenerse, se precipita entre los dos y dice:*) Marqués de Ardiela, Baronesa de Fombal... Los sé yo... y los sabe Dios!

MAR. Ah! (*asustado.*)

BAR. Quién es este hombre! (*id.*)

ADE. (*abriendo la puerta de la derecha.*) Arturo!

ART. (*arrojándose á sus pies.*) Perdon, Adela!

BAR. Cielos!

ART. Perdon, padre mio! (*cayendo en el suelo y Adela se inclina á socorrerle.*)

MAR. Estamos perdidos! (*la Baronesa se ha acercado asustada al Marqués, cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE.

Una sala, modestamente amueblada. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

PASCASIO.

Pues señor, este es el cuento de nunca acabar! Creo que he mudado ya, desde que tengo uso de razon, por lo menos siete oficios. La fortuna se ha empeñado en que yo pruebe de todo. Hace tres meses era posadero y hoy éteme aqui, otra vez en la corte. Ya se vé, le he tomado tanto apego á la señorita Adela, y me infunden tanta lástima sus desgracias, que pienso no abandonarla y seguirles á dónde quiera que vayan; asi como asi, el meson se queda bien cuidado, á cargo del tio Antonio y su muger, y yo, maldita la falta que hago. Pero es particular lo que ocurrió aquella noche en la posada; yo no sé mas que, por una bendita casualidad, el pobre á quien di albergue, era el esposo de la señorita Adela. Y cuánto debe haber padecido, segun lo desfigurado que estaba! Quisieron venirse á Madrid al otro dia, y yo les seguí, para no abandonarles; y ayudarles, si puedo, en su posicion. Pero algun misterio hay aqui encerrado, que no comprendo. Sin embargo, no quiero ser indiscreto, y me guardaré muy bien de preguntar.

ESCENA II.

PASCASIO, ADELA.

ADE. Pascasio, ¿ha salido Arturo?

PAS. Lo ignoro, señorita; pero creo que no; ya sabe usted que no se ha separado de aqui casi nunca.

ADE. Hazme el favor de ver si está en casa.

PAS. Voy en el instante.

ESCENA III.

ADELA.

Pobre Arturo!... cuánta emocion, y cuánto disgusto! No comprendo cómo puede resistirse tanta desgracia, como nosotros hemos esperimentado. Ah! el cielo es justo, y el mas oculto misterio viene á descubrirse con el tiempo. Qué horrorosa escena la de la posada, en que Arturo oyó por si mismo, la desventurada muerte de su padre, y el robo de su tesoro! Qué pensará hacer?... No tendrá acaso el mundo justicia para esos criminales, ponzoña de la sociedad? Ah! tengo miedo; temo que Arturo se deje llevar de su caracter y de su sentimiento, y ocurra una nueva desgracia. Sin embargo, espero en Dios; su providencia es grande... y él que todo lo vé, y que todo lo premia y lo castiga, tambien pondrá término y remedio á nuestros males.

ESCENA IV.

ADELA, ARTURO, *por el foro viene ya afeitado y en traje decente, pero se notan en su rostro las señales de sus anteriores padecimientos: trae unos papeles.*

ART. Adela, Adela mia!

ADE. Qué sucede, Arturo? Creo que vienes contento, alegre...

ART. Si, alegre; si alegre puede estarse despues de los terribles acontecimientos, porque hemos pasado.

ADE. Oh! te escucho con ansiedad.

ART. Nunca viene una sola desgracia; pero tampoco viene una sola felicidad. Hace tres meses nos reunió el cielo, probando nuestra mútua inocencia, y hoy nos dá otra prueba de que vela sobre nuestro porvenir y sobre nuestra dicha. Acabo de recibir una carta de Lóndres, de una respetable casa de comercio de aquella capital. Hace quince años, Adela, que mi padre impuso á mi nombre, una suma considerable en el banco de seguros sobre la vida, cantidad que ha ido aumentándose con los intereses, durante ese tiempo; yo lo ignoraba; hoy me escriben, que el banco liquida, y que hay á mi disposicion dos millones de reales, para cuyo cobro me remiten cuatro letras, que identificada y reconocida mi persona, me abonará la casa de Morand, establecida en Madrid.

ADE. Oh! Arturo! aun podremos ser felices; aun nos proteje el cielo!

ART. Si, Adela mia! Solo falta ya una cosa para que sea completa nuestra felicidad. Vengar la memoria de mi padre.

ADE. Si, la justicia la vengará, Arturo.

ART. No, Adela: en vano acudiriamos á ella. La justicia no puede obrar sino bajo pruebas concluyentes, y nosotros no tenemos ninguna mas que nuestro convencimiento.

ADE. Y no es bastante! Nosotros acusaremos á ese hombre malvado...

ART. Y él se reirá de nosotros, porque no podemos probrar su crimen. Ah! mi padre, Adela, murió... del cólera... y despues de tantos años... ¡Padre mio! yo tube la culpa; yo te abandone! Insensato! Bastante ha castigado Dios la falta del hijo ingrato! Yo he sido la causa de tu desgracia! Yo te vengaré, padre mio!

ADE. Cielos! qué piensas hacer, Arturo?

ART. Adela, tu corazon es fuerte, y sabe resistir las penas: no quiero ocultarte nada; tu aprobarás mi conducta, y tu aprobacion me dará valor.

ADE. Dios mio!

ART. Adela, tomaré la justicia por mi mano.

ADE. Cómo?

ART. Como un hombre honrado, como un caballero. Retaré al infame marqués; le insultaré, le abofetearé, si es necesario, y me batiré con él.

ADE. Oh! por piedad, Arturo, por piedad: un desafio puede sernos fatal!

ART. Qué? Te opondrás á mi pensamiento?

ADE. Oh! Con toda mi alma! No permitiré que te batas.

ART. Bravo, Adela; ¿tú, que querias á mi padre: tú, que le has cuidado en sus últimos momentos: tú, que has recibido el postrer aliento de su vida, que le arrebató un miserable... tú que amas al hijo de aquel anciano desgraciado, quieres que quede impune su muerte! Adela, Adela, qué hace el hombre á quien asesinan al que le dió el ser, á quien ultrajan y deshonran, á quien persiguen sin piedad, y le arrebatan la dicha, y secan su corazon: y le sumen en la miseria: y turban su sosiego y su tranquilidad? ¿Qué hace el hijo, qué hace el esposo, qué hace el hombre asi ultrajado, asi vendido, asi humillado! Oh! Adela, yo necesito la vida de ese miserable: yo necesíto arrancársela, frente á frente... y tú, Adela, debes ser la primera en aconsejármelo.

ADE. Oh! no, Arturo! Si la justicia de los hombres no alcanza á castigar un crímen ignorado, queda la justicia de Dios, queda el remordimiento de la conciencia, que será su eterno torcedor...

ART. No, Adela, estoy decidido. Tres meses hace, tubo lugar la escena que en la posada nos descubrió el oculto misterio. Los infames cómplices, aprovechando mi trastorno en aquella noche, siguieron su camino, é ignorábamos dónde habian ido á parar. Todo este tiempo he guardado en mi alma el deseo de la venganza; pero ayer supe, que hoy debe regresar á Madrid el miserable Marqués, y ha llegado el dia, Adela, en que le exija la cuenta de la muerte de mi padre.

ADE. Arturo, puedes tú sucumbir, y entonces, qué será de mi?..

ART. Tú rogarás por el descanso de los dos. Ya no te dejo pobre; ya puedo asegurar tu existencia; si yo sucumbo, te consagrarás á Dios, y el alma de mi padre y la mia, recibirán el consuelo de tus oraciones.

ADE. No, Arturo, yo no puedo vivir sin ti!

ESCENA V.

Dichos, PASCASIO, *luego el* CONDE.

PAS. Señorito, hay un caballero, que desea hablarle á usted con urgencia, y me ha mandado pasarle recado.

ART. Que entre; retírate, Adela.

ADE. Por piedad, Arturo, reflexiona bien nuestra posicion. (*vase por la derecha.*)

ART. Pobre Adela mia! No sabes cuánto siento darte el último pesar, y tal vez el mas grande que hayas padecido. La suerte lo dispone asi. Primero seré buen hijo, y luego, si Dios quiere, seré buen esposo!

CON. (*entrando.*) Perdone usted, que tal vez venga á interrumpirle en sus ocupaciones, pero hay asuntos cuya importancia lo disculpa todo.

ART. No tengo el gusto de conocerle á usted.

CON. Tampoco yo le hubiera á usted reconocido. Mas no es estraño; hace cerca de trece años, que nos vimos una sola vez, y es larga la fecha, y corta la entrevista, para que se guarde memoria de ella.

ART. No recuerdo...

CON. No hace eso al caso. Vengo en nombre de otra persona, á proponer á usted una entrevista de breves momentos, que interesa mútuamente á ambas partes.

ART. Y podré saber...

CON. Quién es la persona? Está claro, que si. La Baronesa de Fombal.

ART. Ah! Está en Madrid la Baronesa?

CON. Anoche llegó de París, con su esposo, el Marqués de Ardiela.

ART. (Gracias, Dios mio!)

CON. La Baronesa desea verle á usted inmediatamente, y aguarda abajo en su carruage, el consentimiento de usted para recibirla.

ART. Bien; puede usted decirla que la espero.

CON. La avisaré en el instante. (*vase por el foro.*)

ART. Si, quiero verla; quiero arrojarla al rostro mi desprecio, y quiero que tiemble ante mi presencia, al sentir el peso del remordimiento y de la verguenza! Ah! Marqués! Pronto nos veremos frente á frente, si eres tan audaz como escudado con el velo del misterio y de la traicion! Qué se habrá propuesto la Baronesa con esta entrevista? Temo perder la calma en su presencia; y el recuerdo de los males que me ha causado, arrebata á mi frente la ira y la venganza. Oigo sus pasos. Aqui se acerca.

ESCENA IV.

ARTURO, LA BARONESA.

BAR. Perdone usted que me atreva á presentarme en su casa, despues de lo que ha pasado entre nosotros.

ART. Estraño en efecto es, que quepa en el corazon de una muger, tanta dósis de maldad... y de impudencia!

BAR. Arturo... Arturo, usted no conoce el mundo; no conoce la sociedad; usted no conoce el corazon de la muger, pervertido por la educacion y por el lujo!

ART. Y celebro no conocerlo, si me habia de manchar en su inmundo cieno! Usted, que le conoce, señora, me ha dado una prueba de lo que vale semejante esperiencia.

BAR. Ah! no acabe usted de matar un alma, á quien hiere el remordimiento del mal que ha causado.

ART. Es posible! Remordimientos usted!

BAR. Oh! si, Arturo; llega un dia en que Dios estiende su mano sobre la conciencia, y ese dia se lloran, con lágrimas de sangre, los pasados estravios. Arturo, yo he sido criminal, y he sido desgraciada! Ese mundo corruptor empañó la inocencia de mis primeros años... y lanzada en la senda del vicio, en vano he querido oponerme á su funesta pendiente. Cegada por el brillo del lujo y de la ostentacion, no he distinguido la luz de la virtud, y he vivido entregada á las pasiones... Arturo, vengo á exigir de usted el perdon de los males que le he causado!

Art. Señora, nada tengo que perdonar; implore usted ese perdon de Dios... y del mundo, á quienes ha ofendido, puesto que á mi me ha devuelto el cielo la felicidad, que usted pensó arrebatarme.

Bar. Conque no guarda usted rencor contra mi? Oh! usted es bueno, Arturo, usted es bueno... y Dios le favorece! Conque podré decir al Marqués que usted nos ha perdonado?..

Art. Señora, poco á poco. El hombre puede perdonar á los que le han ofendido. El hijo no transigirá nunca con el asesino de su padre.

Bar. Y qué pretende usted, Arturo?

Art. Pretendo, que uno de los dos deje de existir.

Bar. No, Arturo; basta ya de crímenes y de desgracias. Yo soy todavia rica; poseo una cantidad considerable en dinero y en alhajas... todo se lo cederé á usted, porque pienso retirarme del mundo; yo tampoco puedo vivir con el Marqués. Pero por Dios, Arturo, basta ya de sangre. Todas mis riquezas son de usted.

Art. Señora, no es el oro robado á mi padre, el que me obliga á pedirle cuenta; le desprecio, como desprecio al robador; es la vida que le arrebataron!.. Y un hijo, señora, no puede perdonar al asesino de su padre!

Bar. Será posible, Dios mio, que consientas mas crímenes y mas sangre!

Art. A quién reconviene usted, señora? Quién tiene la culpa de la primera que se derramó?

Bar. Por piedad, no me acuse usted mas! Bastante me castiga mi dolor! Bastante me reconviene mi conciencia!

Art. Y qué?.. Siente usted sufrir?.. Y yo, no he sufrido, señora! No he sido víctima, sin motivo, de las pasiones y de los vicios de usted?

Bar. Tenga usted piedad, Arturo! (*á sus pies.*)

Art. Si, debo tenerla; es usted una débil muger! Dios y el mundo se encargarán de castigarla!

Bar. No lleve usted á cabo ese desafio!

Art. Imposible! Odio y desprecio á ese infame Marqués Le insultaré, le retaré, y sino acepta...

ESCENA VII.

Dichos, el Marques, *al foro.*

Mar. Aceptaré!

Art. Oh! el cielo me favorece! Señor Marqués, nada tengo que añadirle, puesto que lo ha oido. No debiera darle la satisfaccion de un caballero, á quien no lo es; pero no importa; elija usted armas y condiciones.

Mar. Poco á poco; esas cosas deben hacerse en regla... y hay tiempo para pensar. Ya le mandaré á usted mis padrinos. Hablemos antes de otra cosa. Usted quiere matarme? Y bien, qué vá usted á adelantar? En primer lugar, puede la suerte favorecerme; y aun siendo yo el vencido, la justicia le perseguiria á usted, y seria desgraciado.

Art. Estoy acostumbrado á la desgracia.

Mar. Usted no puede acusarme, porque no tiene pruebas para ello.

Art. Por eso quiero ejecutar la justicia por mi mano.

Bar. Transijamos. Usted es pobre.

Art. Se equivoca usted, soy rico.

Mar. Cómo?..

Art. Tengo en mi cartera dos millones de reales, en letras que ha de abonarme, por cuenta del banco de Lóndres, la casa de Morand.

Mar. Qué está usted diciendo!

Art. Lo que usted oye; usted tal vez querria procurarme una vergonzosa transaccion, que desprecio, y que no necesito.

Mar. Pero dice usted...

Art. Digo, que he recibido esta mañana esas letras, cuya cantidad procede de una imposicion de mi padre.

Mar. Y vienen dirigidas á la casa de Morand?

Art. Y pagaderas á la vista.

Mar. (Estoy perdido!)

Art. Le ha sorprendido á usted la noticia?

Mar. Caballero, mi casa de banca lleva la razon social de Morand y Compañia.

Art. Ah! Conque es decir, que mi crédito viene contra la casa de usted!.. Señor Marqués, aqui están las letras. Dentro de una hora necesito ese dinero; dentro de dos nos batiremos.

Mar. Imposible ya; los negocios de mi casa están en mal estado. Si hago efectiva hoy mismo esa cantidad, tengo que suspender los pagos y declararme en quiebra: y no puedo esponer mi vida, hasta dejar cubiertos mis compromisos.

Art. Cómo! Se niega usted á batirse?

Mar. No puedo batirme.

Art. Qué es lo que lo impide?

Mar. Esa cantidad que he de hacer á usted efectiva, y que agota mis fondos.

Art. (*rasgando las letras.*) Está usted libre de ella, por de pronto.

Mar. Qué ha hecho usted!

Art. Dentro de una hora nos batiremos.

Mar. Oh! me acaba usted de salvar de un compromiso! Pídame usted lo que quiera, en cambio de esa accion generosa.

Art. Le pido á usted que no retarde el desafio.

Mar. Caballero, dentro de una hora nos batiremos.

Art. Aqui espero.

Mar. Aqui vendrá mi resolucion.

ESCENA VIII.

La Baronesa, Arturo.

Bar. Oh! Dios mio! Mas sangre! Mas desgracias! Arturo, usted que es tan generoso, usted que ha dado pruebas de un corazon tan grande y tan heróico... haga usted el último esfuerzo de abnegacion.

Art. Señora, acompañe usted á su esposo, que necesitará en estos momentos de sus cuidados y de su cariño. Tambien tengo una esposa, y deseo pasar con ella estos breves instantes.

Bar. Ah! dónde está su esposa de usted? Ella me ayudará á rogarle, á persuadirle. Adela, Adela.

Art. Señora!..

ESCENA IX.

Dichos, Adela *por la derecha.*

Ade. Ah! esa muger aqui!

Bar. Adela, su esposo de usted quiere correr á la muerte: dentro de una hora va á batirse. Una usted su voz á la mia, para impedir ese duelo: bastantes desgracias tenemos ya que llorar.

Ade. Arturo, por piedad! En nombre de mi cariño!..

Art. Oh! esto es horrible! Déjenme ustedes en paz! Huiré de esta casa.

Ade. (*arrodillada y deteniéndole.*) Detente, Arturo! Por mi amor! Por el hijo que llevo en mi seno!

Art. (*retrocediendo.*) Qué oigo! Adela, Adela, es cierto lo que has pronunciado?..

Ade. Oh! si, Arturo, no tengo duda: no habia querido decírtelo hasta mañana, aniversario de nuestro casamiento. El cielo quiere darnos un hijo... y tú quieres abandonarle!

ART. Oh! es posible! Adela mia! Despues de trece años! Oh! hijo mio! No, ya no puedo batirme, señora, no puedo batirme: he sido mal hijo, y no quiero ser mal padre! Adela mia! Hijo mio! (*abrazando á Adela.*)

BAR. Oh! la felicidad les sonrie á ustedes. Adios, Arturo: no se bata usted: yo sé lo que he de hacer. (*vase por el foro.*)

ESCENA X.

ADELA, ARTURO.

ART. Padre mio, perdóname! No puedo vengarte!

ADE. Arturo, Dios le vengará! Aun podemos ser felices: aun sonrien para nosotros, en el porvenir, dias de dicha y de ventura. Tu vida, Arturo, la necesitamos para educar al hijo que el cielo nos envia: para hacer su felicidad, y que no le persiga la desgracia, como nos ha perseguido á nosotros.

ART. Si, Adela! Creo que Dios no quiere que vengue á mi padre, porque le vengará su divina providencia.

ESCENA XI.

Dichos, el CONDE.

CON. Señor de Monroy, el Marqués de Ardiela, á quien usted ha desafiado, admite el desafio.

ART. Caballero, ya no puedo batirme.

CON. Usted se entenderá con él. El Marqués solo me ha encargado, como á su padrino, que venga á poner en manos de usted este pliego: él encierra las condiciones que han de imponerse. (*dándole un pliego.*)

ART. He dicho á usted que no puedo batirme.

CON. Usted le contestará lo que guste. He cumplido mi encargo, y me retiro. (*se retira.*)

ESCENA XII.

ADELA, ARTURO.

ADE. Arturo, por Dios, recuerda tu palabra.

ART. Te la he dado de no batirme... y la cumpliré! Veamos qué dice ese miserable. (*abre y lee.*) «Señor don Arturo de Monroy; he sido acusado como falsificador, y desgraciadamente es cierto; la justicia me persigue, mi honor está perdido, mi conciencia intranquila, y mi alma presa de los mas atroces remordimientos. Arturo, parto de Madrid, para no volver á presentarme nunca en la sociedad. Perdóneme usted el daño que le he hecho; el castigo lo llevo en mi alma. Quiero, sin embargo, antes de partir para siempre, darle á usted una prueba de mi arrepentimiento. Adjunto va un talon del banco Español, á nombre de usted, importante cuatro millones de reales; es el resto de todo mi capital. Con él devuelvo lo que robé, y pago las letras que usted rasgó hace poco. Sea usted feliz.» Oh! al fin oyó Dios nuestros ruegos!

ADE. Jamás abandona su Providencia!

ART. Que le perdone el cielo... como yo le perdono!

ESCENA XIII.

Dichos, la BARONESA.

BAR. Gracias... por él, y por mi.

ART. Señora...

BAR. El Marqués va á partir. Yo me quedo en la corte. Las riquezas, que aun poseo, me servirán, para fundar un asilo de beneficencia, en donde pasaré los últimos dias de mi vida.

ART. Y yo añado para ese objeto, la mitad de la suma que me remite el Marqués. Es la cantidad... fundamento de todas nuestras desgracias, y no quiero tocar á ella; en ninguna parte estará mejor empleada.

BAR. Siempre generoso y bueno!

ADE. Y yo quiero que ese asilo lleve el nombre del hijo que nos conceda el cielo.

ART. Adela mia!

BAR. Dios mio! Grande es tu Omnipotencia! Perdon, para mi! Felicidad para ellos! (*cayendo de rodillas; cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1859.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13